

Retazos

y Retozos

POR

GUASÍN



BUENOS AIRES

IMPRESA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN DE JACOBO PEUSER

Calle San Martín esquina Cangallo

1896

LOS ASPIRANTES

DESENGÁÑESE usted amigo, me decía en cierta ocasión doña Teodolinda (que podrá tener según aseguran, de todo un poco, menos de linda, que no tiene nada) las aspiraciones son el *factor* principal, para que el hombre pueda llegar a obtener el *producto* de su perfeccionamiento. Sin ellas es irrealizable el progreso; la vida resultaría un estado de vegetación y así el hombre nunca pasaría de ser un duraznero ó un yuyo cualquiera, cuyo desarrollo dependería de las propiedades climatológicas á la par que de la fertilidad del terreno en donde hubiese arraigado. Y si las aspiraciones son el todo en la vida del hombre, lo son con mucho más motivo, en los albores de esa vida, para que me entienda usted mejor, en la juventud.

Un joven con aspiraciones, siempre será un joven recomendable, mientras que sin ellas, no pasará de ser un joven incompleto, le faltará algo, carecerá de lo más esencial.

— Si señora, tiene usted muchísima razón, sobre todo si ese joven, además de no tener aspiraciones carece de recursos.

No y en verdad que doña Teodolinda razonaba bien. Pero ¿por qué diría con tanto retintín aquello de «... *mientras que sin ellas, no pasará de ser un joven incompleto?*»

De que lo dijo en tono de reproche, no me cabe la menor duda y á fe que no conoce á los jóvenes del día; ¿quién es el que no tiene aspiraciones?

¡Ah! ya comprendo; doña Teodolinda dijo aquello, aludiendo á la juventud de sus tiempos á la que jamás perdonará.

¿Por qué? Porque entre sus contemporáneos no hubo ni uno que aspirara á la blanca mano de dicha señora.

Hoy precisamente lo que sobran son aspiraciones.

Al hablar de un individuo cualquiera, siempre se sacan á relucir sus aspiraciones, bien sea como un mérito extraordinario ó como una circunstancia atenuante de todas sus malas condiciones.

¡Fulanito! ¡Ah... sí! es un joven excelente, de costumbres muy sanas, muy trabajador, muy económico, toca la guitarra muy admirablemente y sobre todo (prenda que no usará probablemente) es muy aspirante.

¡Zutanito! ¡Ah... mala cabeza! temperamento *farrista*; *atorrante* por idiosincrasia, le tira la pasión de *tironiar* de la oreja á Jorge, pero... es muy aspirante.

A nuestra juventud le podrá faltar desarrollo físico, pero aspiraciones, no. Sucede con las aspiraciones lo que con la azúcar, hay *exceso de producción*.

Hablando sobre el particular, con un señor sociólogo, por afición y prestamista, por entretenimiento, con quien muchas noches suelo jugar al dominó, me decía: «El exceso de aspiraciones en los jóvenes de la presente generación, es la causa de ese malestar que se observa en todas las clases sociales.

Los niños de hoy día, en su afán de ser hombres, apenas se desprenden de los brazos de la niñera,

ya quieren ser senadores, banqueros, generales, obispos, etc., etc.

Fuman á los siete años, pretenden casarse á los trece y son abuelos á los veinticinco, no por la sucesión, sino por los achaques. De ahí que el oro llegue en ocasiones al 400. >

Como yo nunca he tenido aspiraciones de ser, ni siquiera *polemista de café*, oigo pacientemente los desatinos de mi compañero y ¿qué se le puede decir á un sujeto que se las echa de moralista, filósofo, extirpador de callos y no se de cuántas cosas más y que presta al módico interés de 2 % semanal?

De aspiraciones, como de gustos, no hay nada escrito.

Las aspiraciones son según las aficiones, pero raras veces según las aptitudes. Citaré algunos casos:

Ruperto Teclas, que es según opinión de muchos, la solución más aproximada en el problema de la cuadratura del círculo, pues resulta cuadrado ó redondo, según se le mire. Teclas, como digo, tiene, no ya afición, sino delirio por la literatura.

Alguien le ha hecho creer que cuenta con aptitudes para ser literato y el pobre mozo ya no sabe que hacer ni que escribir. ¡Son tan pocas sus ocupaciones y tantos los témas que se le agolpan!

Él dice que aspira á la inspiración. Sin embargo, sus amigos opinan que por el momento debiera limitar sus aspiraciones y contentarse con un traje de casimir barato, pues el que tiene en activo servicio, está pidiendo con mucha necesidad el reemplazo.

La espiritual Loreto, cifra todas sus ilusiones en toparse (la frase no resulta muy culta, es verdad, pero yo la he leído no sé en qué sección, de no recuerdo qué diario y pasó) con un joven rubio, de ojos verdes, tez nacarada y que á ser posible se llame Arturo. Que sea como ella espiritual, tirando á semipatético; en una palabra, Loreto aspira á un amor romántico en cuanto al fondo y cursi en cuanto á la forma.

A fines del siglo XIX éstas aspiraciones resultan incomprensibles. Aspirara Loreto á toparse con un joven que tuviera, entre otras cosas, cien cuadras de caña, más que en habitaciones del mismo nombre viviera y todo el mundo diría que Loreto era muchacha de buen gusto.

Mi vecina Irene, empieza á tocar el piano y su hermano Tadeo, no ha muchos días que empezó las lecciones de violín. Los dos principian con mucha afición y harto dolor del vecindario.

El aspira á ser un segundo Sarasate; ella, no sé á que aspirará. Son dos aspiraciones criminales dentro de una misma familia y que debieran caer bajo la acción del Código Penal.

Podría citar muchos casos más, pero creo que para muestra, basta con éstos botones.

El verbo *aspirar*, lo conjugan á diario todos los mortales, y en particular aquellos bienaventurados que viven del presupuesto, pues cada uno aspira, en su empleo, al superior inmediato.

Los aspirantes. . . pero me parece que ya debo dejarlos en paz.

Además, noto que sé denunciar la paja en el ojo del prójimo y no veo la tranca en el mío.

Critico á los aspirantes y yo soy uno de tantos.
Y si supieran ustedes cuáles son mis aspiraciones...

¿Y por qué no decirlo?

Sí, yo aspiro á que éstos *Retazos* sean leídos.

¡Ay de mí... que si eso sucede, si realizo mis aspiraciones, si alguien los lee, corro el peligro de ser denunciado judicialmente por zonzo.



JUAN SIN PENAS

POBRE Juan... ¡Qué irónico resulta hoy, el sobrenombre que te pusimos tus íntimos, en aquella época en que por tu escepticismo, por tus genialidades y por tu idiosincrasia, te considerábamos el inquilino más feliz de todos cuantos, por el hecho de nacer, han habitado en este pícaro mundo.

Mi ánimo se acongoja ante la triste realidad de tus desdichas é inverosímil me parece que el *Juan sin penas* de ayer, sea hoy, el *Juan de las amarguras*: dos Juanes distintos y una sola calamidad verdadera.

Cuatro palabras acerca del primero y algunas más referentes al segundo.

El «*Hotel del Sr. Carrasquita*» era allá por los tiempos á que me refiero, el establecimiento que más sólidas garantías ofrecía al estómago de esa juventud sin hogar, que para resolver el problema de la alimentación (uno de los más arduos que se presentan en la vida, cuando la incógnita es \$^m/_n) se ve en la necesidad de poner el aparato digestivo bajo el protectorado de un hotelero, cuya conciencia siempre suele estar en razón directa con la pensión que marca la tarifa del establecimiento.

En el comedor del señor Carrasquita, había una mesa de honor, como él la llamaba, (aunque á mi juicio, era concederle, llamándola así, demasiado honor al referido mueble) la que todos los días y á la misma hora, tomábanla por asalto cuatro jóvenes que rivalizaban en buen humor y en apetito.

Esta última rivalidad, dicho sea sin abrir paréntesis, maldita la gracia que le hacía al señor Carrasquita.

Uno de los cuatro jóvenes, era el personaje de mi cuento; *Juan sin penas*.

Aquella mesa había sido la segunda pila bautismal de Juan, pues allí, con todo el aparato escénico que el caso requería, le pusimos el sobrenombre de *sin penas*, alias que no se lo quita aunque se lave cincuenta veces al día, con *jabón de los Príncipes del Congo*.

Y á fé que jamás hemos aplicado un alias con más propiedad. ¡Qué mozo aquél!; humorístico, decidor, franco, bonachón; su chispa era como la paciencia de un buen yerno, inagotable; aquella imaginación era una destilería de chistes; para él todo en este mundo tenía un mismo significado, *guasa pura, chichoneo sin mezcla* y era su frase favorita la de:

« *Este mundo es un fandango
y el que no baila es un tonto* ».

¡Desgraciado! que lejos estaba el de figurarse, que cumpliéndose su dicho, y andando el tiempo, tendría que bailar con la más fea.

Pero no precipitemos los acontecimientos, como dicen en las novelas de folletín.

Cierto día, (lo recordaré mientras viva, fué el de Todos los Santos y estábamos por causa de *la lista* dados á todos los demonios) comentábase el hecho singularísimo de que Juan no *se avistara* en demanda de almuerzo, con la puntualidad á que nos tenía acostumbrados. Habíamos llegado á los postes y nuestro amigo no comparecía.

¿Estará enfermo? ¿Se habrá ido á almorzar con los difuntos?

Me da que pensar la tardanza de *Juan sin penas*, dijo el señor Carrasquita, que daba señales de estar muy preocupado, aunque no me atreveré á asegurar, si su preocupación era motivada por la ausencia de Juan ó por el desgraciado accidente del despunte de un cuchillo, con cuyo instrumento, ni cortante ni pinchante y más *aserrante* que otra cosa, tuvo el atrevimiento de abrir una ostra, el menos inapetente de los comensales.

— Ahí viene don Juan, dijo el mozo, dejando sobre la mesa y junto al plato del rezagado pensionista, una sopera de colosal tamaño, especie de tina de fierro con baño de porcelana y de cuya vasija, según Juan, se servía el señor Carrasquita para bañar al chiquilín.

Y sucedió, que al presentarse *Juan sin penas*, se oyó una descarga de interrogaciones.

¿Dónde te has metido, *Caballero de la triste figura*?

— ¿Son éstas, horas de venir á almorzar, Tenorio callejero?

— ¿Te tomó alguna suegra por su cuenta?

— Calma señores, que tiempo no ha de faltar para que se enteren de la causa de mi retraso. A ver, mozo, venga la bañera.

— Pero hombre, si la tienes delante de las narices.

— Ah! es cierto; no les extrañe á ustedes mi distracción; la cosa no es para menos; vengo muy impresionado. ¡Qué mujer!... ah!... qué ojos... ¡oh!... qué talle... Y entre exclamación y admiración *Juan sin penas* vaciaba en el plato, una cucharada de *caldo á la reina*.

— Se ha servido usted.

— Sí, pero ahora necesito que me traigas la salsa inglesa.

— Aquí está, señor.

Cual no sería nuestra sorpresa al ver que el distraído amigo, en lugar de verter en la sopa aquel menjunje á que era tan aficionado, se servía toda la dotación de palillos.

— ¡Cuidado Juan que te vas á ahogar!

— ¡Diantre! no me había apercebido; yo creí que era sopa de fideos. Amigos míos, esa mujer me ha trastornado.

— Sí, sí, ya lo vemos. Y ¿cómo nos explicas ese fenómeno? Tu que siempre has sido tan refractario al amor...

— ¡Pché!.. desarreglos del organismo. Yo me debía haber purgado hoy, no lo hice y al salir á la calle me encontré con una sílfide, que no sé por qué, me sospecho va á hacerme purgar todos los pecados cometidos desde la última confesión bien hecha. Purga por purga y entre la limonada de Rogé y la morena causa de las distracciones que ustedes han notado, me quedo con la segunda.

— Y ¿quién es ella?

— Todos ustedes la conocen; es la simpática M. N. una belleza de P. P. y W. y con más circunstancias que letras tienen el alfabeto.

— ¡Desgraciado! te has metido en un laberinto que tiene por única salida la *entrada al manicomio*.

— No tanto, amigos míos, no tanto. *Juan sin penas* está libre de esos riegos y es hacerle muy poco favor, el suponer que haya una mujer capaz de trastornarle el juicio.

— Escucha Juan, dijo en tono sentencioso, uno de los amigos, el menos dispuesto para el amor, tal vez por ser el más experimentado: no confíes en tus fuerzas; esa mujer tiene algo de sirena y mucho de hipnotizadora; con su voz ha cautivado á mozos, que como tú se creían invencibles y con su mirada ha hecho, lo que Onofroff es incapaz de hacer.

— Vean ustedes, ahora me parece más interesante esa mujer. Ah, vive Dios que no será *Juan sin penas* el que retroceda! ¡*Santiago y á ella!* que ese es el lema de todo gallego bien nacido!

¿Qué opina el señor Carrasquita?

— Que si sigue usted en su empeño, antes de un mes, será para mí un cargo de conciencia, el cobrarle pensión entera.

II

El señor Carrasquita había dicho una verdad tan grande como la sopera que empleaba para usos varios. No en balde el más formal de nuestros amigos, le había aconsejado á *Juan sin penas*, olvidara aquella pasión que amenazaba de muerte la jovialidad tan característica del veterano en las lides del amor, de aquel que tantas veces nos había dicho que tenía en lugar de corazón una estalactita, fósil donde el diablejo de Cupido jamás pudo clavar sus saetas de punta acerada y venenosa.

Juan sin penas, desatendiendo nuestros consejos, se fué hacia el enemigo con el pecho descubierto; su nobleza lo perdió.

A todas horas lo veíamos rondando las inmediaciones del domicilio de su amada. El mozo estaba decidido, había puesto sitio á la plaza y Juan era muy terco para atender nuestras recomendaciones.

Una honrosa retirada, hubiera salvado á nuestro amigo, pero ya lo hemos dicho, en su terquedad se estrellaban nuestros buenos deseos.

Juan no era jactancioso; jamás nos habló de sus adelantos y supimos que la bella sitiada no se defendía como en tales casos es de esperar, siquiera para cubrir las apariencias, fué debido á la excesiva verbosidad de una vecina, la que sin gran violencia nos puso al corriente, dándonos detalles que á cualquiera hubieran hecho creer que el sitiador saldría victorioso en su empresa.

Había llegado el momento decisivo. Juan colocó sus baterías en punto conveniente para llevar á cabo el bloqueo.

La plaza sólo de vez en cuando respondía á las piezas enemigas, con descargas de fusilería, hechas á la desesperada, sin orden ni concierto; aquel tiroteo simulaba un ensayo de pirotecnia.

Los obuses del ejército sitiador dirigían sus tiros á un mismo punto. La polvareda que se levantaba en los muros de la fortaleza, indicaba que los proyectiles perforaban en una línea de tiro, matemáticamente calculada, con una precisión que revelaba profundos conocimientos en balística.

Se oyó un toque de corneta. ¡Alto el fuego! y tras breve arenga á sus soldados (léase ilusiones) y al grito de . . . ¡á la brecha! *Juan sin penas*, en alas de su loca fantasía, llegó hasta el pie del muro.

La brecha estaba abierta; un esfuerzo más y el laurel de la victoria coronaría al héroe.

¡Paz y capitulación! grita el fogoso Tenorio en el paroxismo de su felicidad.

Y cual si aquellas palabras fueran el conjuro de un exorcista, apareció doña Paz, la voluminosa mamá de la bella sitiada.

Juan al verla quedó petrificado.

Al referirnos tan desastroso hecho de armas, nos decía Juan: amigos míos, en aquel momento creí morir; doña Paz me mostraba sus afiladas uñas, aprestándose á la lucha. Ante aquel enemigo inesperado y formidable, mis fuerzas me abandonaron. ¡Atrevido! gritó doña Paz y esto me bastó para girar sobre los talones, porque yo en mi vida he tenido valor para luchar con mamás.

— Pero, ¿y ella, qué hizo ella?

— Ella... reirse de mi candidez ¿qué más querían ustedes que hiciera?

... Dos gruesas lágrimas deslizáronse por las mejillas del alicaído *Juan sin penas*. Movidos á compasión, hicimos formal promesa de no recordarle jamás sus desgraciados amores.

Desde aquel aciago día, el alias de *sin penas* fue sustituido por el *de las amarguras*: y en verdad, que si propio era el primero, el segundo lo es mucho más.

Las consecuencias de aquel desengaño las teníamos previstas. ¡Pobre Juan! da lástima verlo: parece una momia egipcia. Y no es el decaimiento físico, lo que más nos apena ver en nuestro amigo; más, mucho más nos aflige el estado de postración moral en que se encuentra. La anemia

del espíritu lo consume, la nostalgia ha de llevarlo á la tumba.

Los primeros días después de la *catástrofe*, todos creíamos que el desventurado Juan se había vuelto loco. Sus actos no eran para juzgarlo de otra manera. Un día entero pasó encerrado en su habitación. Nos acercamos á la puerta y por el ojo de la cerradura pudimos ver el siguiente cuadro:

Sobre la cómoda había extendido una sábana, colocando un botín á manera de candelero en cada esquina. En el centro una sombrerera y sobre la sombrerera se veía una vasija de porcelana (imitación) demasiado chica y cóncava para ser un lavatorio y muy grande para tomarla por taza, aunque de taza tenía la forma, aumentando el parecido el detalle del asa.

Al pie de aquello, que sin duda Juan quiso que representara un altar, se veía una silla de cuyo respaldo colgaba un frac, colocado como en un maniquí, y sobre el cuello de la aristocrática prenda, había una tohalla envuelta á guisa de turbante. A la derecha de la silla había un taburete cubierto con una funda de almohada.

Juan estaba de pie entre la cómoda y los dos bultos descritos; en una mano tenía el cepillo de limpiar el calzado, empapado en agua, que tal vez tendría de todo menos de cristalina, y en la otra, un tratado de contabilidad por partida doble.

Leía en voz baja, algo que no debía ser del texto del libro; no pudimos oírle, pero nos pareció que en la lectura intercalaba algunos latinajos. ¡Quién sabe si aquello sería la epístola de San Pablo *horribilmente desfigurada!*

Terminada la ceremonia nupcial ó simulacro de casamiento, Juan entonó solemnemente el oficio de difuntos y después del último salmo, cantó con melodiosa voz unas chilenas.

Luego . . . la *débacle*. Blandiendo una estaca de quebracho colorado, no dejó en el cuarto, títere con cabeza.

Al anochecer salió del encierro; llevaba puesto un guarda polvo, el gorro de dormir y la cartera de viaje; una balija en cada mano y debajo del brazo un paraguas con todo el varillaje dislocado.

Le salimos al encuentro é intentamos detenerle.

— Pero dínos, Juan ¿á dónde vas á estas horas?

— A la estación; ésta noche emprendo el viaje de novios; no me entretengáis, allí me espera mi señora y ya comprenderéis que sería una imprudencia el dejar marchar el tren.

Aquel acceso por fortuna no se repitió.

La razón del desventurado amante estuvo á las puertas de la locura y fué un milagro, el que el diablo no le dijera *pase usted adelante*.

Nadie tiene más motivos que Juan para decir aquello de *¡oh amor, cómo me has puesto!*

Efectivamente; Juan, por causa del amor, se ve en el estado más lastimoso que un hombre puede verse.

El amor, será el bálsamo más eficaz, para curar las llagas del alma; la ley que rige los destinos del hombre, alejándolo de las pasiones impuras, encaminándolo por la senda de la virtud; la síntesis de la felicidad acá en la tierra; el amor será la metafísica del corazón y hasta el callicida más reco-

mendable, entre los infinitos callicidas que se conocen, pero con ser todo eso, no deja de ser también, cuando llega á posesionarse de esa víscera que tan importante rol desempeña en el organismo del hombre, una *causa perturbadora*, sobre todo si es inspirado por una mujer coqueta.



LOS MURMURADORES

LA zoología no los clasifica, pero debiera clasificarlos. ¿Acaso hay insectos más dañinos que los murmuradores? Es preferible sufrir las molestias que proporcionan, una *legión* de mosquitos zancudos, á tener que soportar la impertinente y cáustica conversación de un murmurador de oficio. Porque los zancudos á lo sumo llegan con sus picaduras á levantar ronchas, mientras que los murmuradores arrancan la piel á tiras.

—¿Usted cree, me decía en cierta acasión, una señora *del género*, que la familia de mi futura nuera, es lo que parece? pues está usted en un error.

Hagámos el análisis por partes; empezando por la madre, que es la más dañada y dañina. El carácter de esa mujer es insoportable; ha llegado hasta aporrear á su esposo, y la señora que hace eso ¿de qué no será capaz? En su casa no puede estar ninguna sirvienta, porque es tan miserable que las tiene siempre ayunando, y cuando se ve en la necesidad de dejar sola la casa para ir á hacer sus correrías, por temor á que salgan á la puerta ó vayan á la casa vecina á contar los malos tratos que les dan, las ata á los fierros del aljibe.

Se dice que presume á uno de los mancebos de la botica de enfrente, pues según parece, se ha enamorado de un lunar que el chico tiene en la *carretilla* izquierda.

—Permítame usted le diga, que no lo creo; no es posible, de ninguna manera; si esa señora tiene ya sesenta y tres años.

— No, tiene sesenta y cuatro bien cumplidos, pero eso no importa; aun le podría citar casos más raros.

— No se moleste usted, señora.

— Pues ¿y el padre? Ahí donde usted lo ve, que parece una persona tan respetable; ese hombre es un tramposo. Si le pide á usted prestado, no tenga la debilidad de darle ni un veinte, porque perderá usted la plata.

— La Plata. . . más perdida de lo que está. . .

— Como su esposa no le da ni para tabaco, tiene que recoger los *puchos* que se encuentra por la calle y de eso fuma.

Es de sucio, lo que usted no puede imaginarse; estoy segura que hace más de tres meses que no se ha mudado la camisa.

Una vez que estuvo á visitarnos, dijo que apenas si podía caminar, porque se le clavaba una tachuela en la planta del pie. Como es amigo de confianza, se quitó el botín para remachar la tachuela y enseñó un calcetín tan destrozado, que se le veía todo el talón y la punta de los dedos. ¡Pero qué dedos! . . . viera usted.

— Sí, sí ya me imagino. . .

— Ahora dígame usted ¿de tales padres qué niña ha podido salir?

— La niña es bastante buena moza.

— Si la viera usted por la mañana, recién levantada, no diría eso; parece un muerto, mejor dicho, una muerta.

Emplea más de dos horas en componerse. Esa niña, es como las cucharas ordinarias, *pura composición*.

Su tocador parece el estudio de un pintor. Allí tiene colores y pinceles de todas clases; desde la

brocha de cerdas, para dar la primera mano, hasta el delicado pincel de pelo de marta, para los últimos retoques. El ropero lo tiene atestado de bultos de algodón, para rellenar los huecos y hacer aparecer voluptuosas prominencias, allí donde la superficie es plana, como la palma de la mano.

La madre es la que le confecciona los vestidos y para forros le pone pedazos de bolsas de arpilló. Así viste que parece un mamarracho.

No sé cómo mi hijo ha podido enamorarse de esa *cursi*; pero ó yo he de poder poco ó he de desbaratar los planes de esos hambrientos.

La lengua de aquella señora, no era lengua, era un bisturí.

Los murmuradores se alimentan con trozos de piel que arrancan al prójimo, pero no es solo piel, á veces tras la piel se va la carne, pues sabido es que de la murmuración á la calumnia no hay más un paso y es de ver la fruición con que degluten esas piltrafas los murmuradores calumniosos.

Para un murmurador, la chismografía es su medio ambiente; privese del habla por el breve espacio de veinticuatro horas y muere como el pez fuera del agua, por asfixia.

Los murmuradores, vienen á ser la *gaceta del barrio*, como si dijéramos. Por ellos sé que en el mío hay una señorita que tiene amores con un joven que padece del hígado y que los padres de la niña, para que aborrezca al novio, le hacen tomar vinagre en ayunas.

Que un tendero, *rallado de viruelas*, y de carácter sumamente amable, fabrica chocolate con harina de maíz y palo campeche.

Sé también que en la calle en que vivo hay un matrimonio que se pasa el tiempo en continua pelea; que el esposo es un beodo y cuando está totalmente dominado por el alcohol, martiriza á su mujer corriéndole una espuela á lo largo de la columna vertebral, á manera de fricciones muy recomendadas para combatir el reblandecimiento de la médula.

Estoy asimismo enterado, de que junto á la casa de ese matrimonio, vive una joven que fuma cigarrros de hoja *á escondidas*, porque cuando la ve su tía le clava alfileres, para que escarmiente.

Y sé otras muchas cosas más, que me callo, por temor á que alguien llegue á sospechar que soy un colaborador de la gaceta de mi barrio.

La murmuración, como dice un amigo mío, es un cáncer social y no hay poder humano ni cirujano que lo extirpe. Si tal operación fuera posible, la sociedad habría dado un gran paso en el camino de la perfección moral.

Y les advierto á ustedes, que éste amigo mío y erudito de toda mi consideración, es el murmurador más insoportable de todos los que conozco.

En cierta ocasión, me aseguraba, que uno de nuestros más encumbrados políticos, no gasta calzoncillos.



HISTORIA DE UN ZAPATO

(CONTADA POR EL MISMO)

Nací de padres pobres, pero mansos; pues debo advertir, que antes de ser lo que soy, fui cuero de un hermosísimo becerro.

La infancia será siempre para mí, época de feliz recordación.

Mi mamá era una señora vaca sumamente solícita y cariñosa para sus hijos. Tan luego como hacía entrega de la leche, que la dueña del establo destinaba á la venta, (lo cual era una arbitrariedad ó un robo, por mejor decir, pues aquella leche debiera ser de mi exclusiva alimentación y pertenencia) me llamaba, para que me desayunara con el poco líquido que había podido reservarme.

Luego nos íbamos al prado, en donde pasaba el día retozando con mis camaradas, todos ellos becerros de mi edad y no menos alegres y juguetones.

¡Aquello era gozar! Salto por aquí, topetada por allá, luego una carrera, después una camorra, que generalmente no tenía funestas consecuencias debido á la pronta intervención de nuestras respectivas mamás.

No debiera pensar en mi infancia porque me pongo triste. Por desgracia, aquellos goces fueron de muy escasa duración.

Una mañana, al salir de mi jaula-habitación, me echaron el lazo al cuello y sin escuchar mis enérgicas protestas me llevaron poco menos que

arrastrando hasta el matadero, en donde fuí sacrificado en aras de la diosa *gastronomía*.

Mi pobrecita mamá quedó desconsolada.

Al recordar mi suplicio me parece sentir el agudo dolor que experimenté en toda mi extensión cutánea, cuando me separaron de la carne y quedé convertido de becerro *vistoso*, en cuero lacio y pestífero.

Desde aquel momento empezó mi martirio. Me estiraron, me mojaron, arrancáronme el pelo é hicieron conmigo sinnúmero de herejías.

Por fin, salí *acabado* de la fábrica de curtidos. Era otro muy distinto del que entré. En aquella disposición... ni mi mamá me hubiera conocido, pues por no tener nada de lo que antes tuviera, hasta el olor de la dehesa perdí, olor que fué reemplazado por otro tan desagradable, que á mí mismo me repugnaba.

Como si hubieran sido pocos los malos tratos que los curtidores me dieran, fuí á parar á manos de un zapatero, desgracia que no se la deseo á mi más mortal enemigo.

¡Que de estirones y martillazos! Aquello si no era la Inquisición, se le parecía mucho.

A la fuerza me hicieron tomar la forma, de un pie de madera y después de pegarme, con tachuelas, á una superficie plana y terminada en punta, materia prima, que á juzgar por el hedor que despedía, indudablemente debió haber pertenecido á un semejante y acaso pariente mío (tal vez, mi abuelo) y luego de haberme embadurnado y lustrado, fuí expuesto á la venta, en un lujoso escarparate.

Entre mis compañeros de obra, me distinguí por mi confección y dimensiones. La verdad es,

que mis delicadas formas contrastaban, con las rudas y toscas de mis colegas. Esto fué causa de no pocas envidias y malas voluntades. ¡Como si yo tuviera la culpa de que me hubieran destinado á calzar los delicados pies de una señora, en tanto que ellos, habían de sujetar los juanetudos é incommensurables de algún agente de policía ó cosa así.

Como yo era de superior calidad, un zapato extra, (aunque me esté mal decirlo) poco tiempo tardé en ser manoseado por los compradores, mejor dicho por las *marchantas*.

No puedo menos de confesar, que la primera vez que fuí sometido á prueba, me ruboricé como un colegial. La verdad sea dicha... no me faltaron motivos, porque las cosas que ví, no eran para menos.

Mi patrón tenía empeño en venderme; pero la *marchanta* dijo que no le entraba y efectivamente, no pudo entrar en mí su diminuto pie á pesar de los esfuerzos del calzador y de la considerable cantidad de polvos de jabón con que trataron de afinarme el *cutis*.

No tardé mucho en verme sometido á los rigores de otra prueba.

Un día, entró en la zapatería una beata y pidió unos zapatos lindos y de mucha duración.

— ¡Lindos!... ¿Los quiere usted lindos?

Pues aquí están; véalos, son los más lindos que tengo. Y al punto fuí presentado, en compañía de mi hermano gemelo.

Pero... ¡lo que son los gustos! La beata me rechazó, porque según ella, mis formas eran poco cultas: como si dos centímetros más ó menos de escote, fueran en sitios tales, causa de reparos.

Si he de decir la verdad, aunque tal desprecio hirió mi amor propio (que también los zapatos tenemos amor propio) me quedé muy contento con no pasar al servicio de una señora tan *reparona*; porque estoy seguro, que mis formas hubieran permanecido ocultas y cuando uno es zapato de *buen ver*, causa desesperación, eso de que no se nos exhiba por respeto á la moral. Lo cual, es á mi modo de ver, una tontería; porque la moral, no debe poner trabas al arte. Me olvidaba decir, que todos los que me han visto aseguran que soy un zapato artístico.

Ya no recuerdo cuanto tiempo permanecí encerrado en aquella cárcel de cristal, con vistas á una calle tan concurrida.

Cuando menos lo esperaba y cuando más aburrido me veía, sacáronme del escaparate y después de pasar un finísimo plumero, por toda mi no menos fina *epidermis* y luego que me hubieron soltado las cintas, sentí que un pie se deslizaba por mi garganta y corriendo á lo largo de la plantilla, cosa que pudo hacer con suma facilidad, por la gran cantidad de jabón que en ella había, llegó hasta tocar con los dedos, en la bóveda de mi puntera.

— ¿Sienta bien, señorita? dijo mi patrón.

— ¡Admirablemente! Tanto es así que me los quedo.

Desde aquel momento me consideré el ser más feliz, quiero decir el zapato más afortunado, de todos cuantos se han fabricado en lo que llevamos de siglo.

¿Qué apostamos á que si les dijera á ustedes el nombre de mi dueña, envidiarían mi suerte,

por más felices que se consideren, con la que por *haber social* les corresponda?

Me consta positivamente, que hay muchos, señores y señorones que de muy buen grado ocuparían mi vacante. Pero conste que yo no largo la presa ni á tres tirones.

Donde estoy me encuentro muy bien.

¡Anda . . . anda! y á fe que es poco regalada la vida que me llevo.

Casi siempre piso alfombras; las veredas muy pocas veces se honran con mi *contacto*, porque si salgo á la calle generalmente voy en coche.

Lo que más me halaga, son los cumplimientos que gastan los caballeros, con mi dueña.

¡A los pies de usted señorita! le dicen; y como á los pies de la señorita estoy yo, si ellos se ponen á sus pies, resulta que yo me rozo con lo más distinguido de nuestra sociedad.

¡Quien me lo había de decir!

Esta es mi historia. Pero ¡ay! . . . que me falta el epílogo.

Hoy soy feliz. Mas ¿lo seré por mucho tiempo?

En éste mundo todo es finito, todo, hasta los zapatos.

He llegado á la cumbre y acaso no esté muy lejano el día del descenso.

Y ¿cómo descenderé yo?

Como han descendido mis antecesores.

Cuando deje de estar en buen uso, por donación de la señorita pasaré, á los pies de la mucama.

¡Horror . . . ! qué tristes días se me esperan.

Y cuando mis costuras se descojan, agujereada la suela, rotas la cintas, pelada la puntera y mal trecho el empeine, sin restos de mi pasado esplen-

dor (porque habré perdido todo el lustre) ¿á dónde iré?

¡A la basura!

Triste de mí. ¿Por qué nacería yo becerro?

¿Por qué no me dejaron llegar á buey? ¿Por qué me hicieron zapato?

Pero mi dueña se acerca... se quita las zapatillas... entro *de servicio*... Con qué ¿de paseo y... á Palermo?

¡Qué *corte* me voy á dar ésta tarde!



FULANO DE TAL Y CUAL

PERIODISTA, CONFESOR Y MÁRTIR

A sí dirán las primeras tarjetas que encargue para mi uso particular.

Fulano de Tal y Cual; ésto es, mi nombre de bautismo, seguido de los correspondientes apellidos.

Periodista; porque, por mi desgracia, esa es mi profesión.

Confesor; porque en tal me convierten, los que tomando al pie de la letra, eso que han dado en llamar el *sacerdocio de la prensa*, vienen á contarme sus vidas y milagros para que yo se las *endose* al público, como sino fuera demasiado *indulgente* al tolerar las *zonceras* de mi propia cosecha.

Mártir; porque ¿puede darse mayor martirio, que el de tener que prestar atención á ese sinnúmero de majaderías que uno se ve en la necesidad de escuchar, quiera ó no quiera?

¿Es usted el señor *Guasín*?

— El mismo.

— Hombre, lo he conocido á usted por las señas que me han dado: nariz prismática, cara rectangular y piernas ojivales.

Veo que no me han engañado.

Nada, pues... tanto gusto en conocerlo.

— Muchas gracias. ¿Y qué es lo que se le ofrecía á usted?

— Pues verá. Yo quería enterarle de ciertos disgustos que tenemos en la familia, por causa de mi *suedra*, que es de la marca de las *arañonas*, ¿sabe usted? y quería que usted se enterara para que hable de ella y de sus hechos, en el periódico de su digna dirección.

— ¡Alto ahí, caballero! Yo no dirijo... nada.

— Bueno, pues en *eso* que usted escribe.

Yo creo que sus censuras habían de hacerle *mucho efecto* y casi me atrevería á asegurar que mi *suedra* se corrige en cuanto las lea.

— ¿Y qué es lo que hace su suegra?

— Empezaré por decirle, que hay quien asegura que mi mamá política está hidrófoba. Además se le há puesto en la cabeza, que yo no soy fiel á mi esposa y con tal pretexto, siempre que en nuestra conversación sale á relucir ese punto, me tira á la cabeza lo primero que encuentra á mano, y tiene una puntería... cosa particular; no yerra un tiro.

Si salgo después de cenar, me llama *farrista* y dice que va á pedir el *divorcium acuarum*. Me llama también despilfarrador, porque fumo *atorrantes*, y en la reducidísima sección que ocupo en el lecho nupcial (hasta éso me escatima) pone alfileres, para que al acostarme me los clave en salva la parte.

Por favor, señor *Guasín*, escriba usted algo y péguele fuerte á mi *suedra* á ver si se corrige, porque si no, un día la estrangulo.

Hágame el gusto y cuente con mi agradecimiento y con un capón lindo.

Sale el de la *suedra* y entra uno que me llama amigo, y me tutea desde cierto día que tuve la debilidad de prestarle tres pesos.

— Che; te traigo un asunto originalísimo.

Acabo de sorprender á la enamorada pareja M. y T. Q. en el momento que ella le pedía una guía de bigote para ponerla en el guardapelo.

-- ¿Y se la cortó?

— No se ha atrevido, supongo que porque estaba yo presente.

Ahí tienes un asunto para unos lindos versitos.

— No se me ocurre nada *sobre pelos*.

Cierta tarde que el corregidor de pruebas había excusado su asistencia (por más que la excusa á mi juicio, no debía ser admitida, pues *trascencia* á vino, á una legua de distancia) tuve que hacerme cargo de su trabajo, que por ser superior á mis fuerzas, me tenía agobiado, entré en la redacción una señora amiga y ex-vecina mía.

— ¿Usted por aquí, doña Ruperta?

— Sí, mi querido amigo; vengo á traerle á usted ésto para que lo revise.

— Pero señora, ¿qué me entiendo yo de expedientes!

— ¿Expediente? no señor. Esto es un discurso que ha escrito mi niño menor, Rafaelito, el que hizo este verano el retrato de Juan Moreira al óleo. Es un muchacho de mucha disposición.

— ¡Qué precocidad!

— Sí, señor, es muy *procaz*. Yo quisiera que el discurso lo publicaran ustedes en lugar preferente.

— ¿Publicarlo...?

Afortunadamente por aquellos tiempos teníamos la *censura previa*, la que fué mi tabla de salvación, pues gracias á ella pude excusarme con doña Ruperta.

Confieso que tuve intención de mandar el discurso del niño *procaz* (según decir de su propia madre) al *tribunal de la censura*. Si lo hago, el *petit* Cicerón se pasa en la cárcel cuarenta días con cuarenta noches.

¡Cuántas impertinencias tenemos que aguantar!

Don de sabiduría nos podrá faltar, pero *don* de paciencia. . . nos sobra para dar y vender.

Pues no me decía un señor, padre político de un ex-cobrador del impuesto de alumbrado y limpieza, que diera la noticia de que no había podido salir á la calle en ocho días porque su señora se sentía con síntomas.



DE LEJOS POCAS SON FEAS

EN un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...

Así comienza, si mal no recuerdo, el *Don Quijote* y bien pudiera yo plagiar ésta entrada ó éste principio, en el idem del cuento que voy á referir, el cual no es cuento... y sí mucha verdad.

Digo que pudiera servir muy bien de introducción el plagio, si donde dice la Mancha, se leyera Tucumán y donde se lee lugar, el nombre de una de las más importantes fábricas de aquella provincia.

Y basta de *preambulosas* explicaciones, que á seguir así, tanto valdría señalar con el dedo, lo cual si no es indiscreción, tengo para mí que mucho se le parece. Y dado que ustedes conocen el lugar y si así no es, orientados al menos se encuentran; decirles me propongo, lo que allí mis ojos hubieron de ver, con gran contentamiento de mi espíritu, más propenso á retozar de puro alegre, que á sollozar de harto triste.

Tal vez por la fuerza de las circunstancias y nunca como se ha dicho, por temor á las descargas de fusilería, que del bando de los *rojos* al de los *azules* silbando se cruzaban, hubo de refugiarse Luis Cantones, en el importante establecimiento industrial á que me refería al plagiar el introito del Quijote.

Quiso la mala suerte de Cantones, ó su hado, si lo tiene, que lo tendrá sin duda, si entre los hados

hay acreedores, que hallara en la mansión refugio, todo lo contrario de lo que encontrar se proponía. Acontecióle pues, que al dar la espalda á Marte airado, el pecho presentó á Cupido y cuentan que todas las de su aljaba le clavó en el pecho, puesto que tan luego como á Irene viera, quedóse Lucho de ella tan prendado, que por enamorado lo tuviera el menos lince, ó el menos experto por loco lo tomara.

No trocara su suerte por la de el más dichoso, al verse Lucho, sino correspondido, al menos alentado, que fuera mucho pretender el desear ver amor por amor pagado, cuando á duras penas si tiempo había transcurrido para hacer comprender á la adorada, que lo era de su corazón, desde el primer momento en que la viera.

Cuentan que Irene, deseosa sin duda de hacer algo más que dar alientos á la pasión de Lucho, tenía grande complacencia en mirar y ser vista, tratando de parecer enamorada cuando hacía lo primero y de poner respetable distancia de por medio, cuando á lo segundo se exponía.

Pasóse un día y otro y muchos más de los que para completar dos semanas se requieren, sin que Lucho hiciera otra cosa que contemplar á Irene, sin reparar que en su contemplación ó éxtasis descuidaba las posturas ensayadas y que la boca abría, más de lo que se precisa para mostrarse admirado ó de lo que es conveniente abrir para que no entren moscas.

El tal doncel apasionado á fuerza de pasar por muy ducho en amores, por amor tradujo, lo que Irene mostrándose coqueta, aparentaba con suma maestría.

Y creyendo del caso ú oportuno, decir á su adorada y de sus pensamientos absoluta dueña, lo que en aras de aquel sublime amor sacrificaba, tomó la pluma y en versos bien rimados, aunque si de rima cumplidos, muy faltos de sentido, dijo á la bella, lo que su corazón amante le inspiraba, que era un amor tan fino, como la blanca cartulina en donde aquellos versos estampado había.

El ingenio y la astucia, acudiendo de Lucho al llamamiento, en discurrir mostráronse afanosos y dieron á la fin con el procedimiento del cual Lucho debiera de valerse para lograr que el billete amoroso, la blanca cartulina, fuera directamente á su destino.

Era de noche y con todo y con eso no llovía. Lucho, sin apartar la vista ni un segundo de la ventana en que su Dulcinea, asomarse solía, aguardaba impaciente el momento oportuno para llevar á cabo un proyecto arriesgado y por su vivo ingenio sugerido. Y cuando éste momento hubo llegado y cuentan que en llegar tardó muy poco, el pobre Lucho, trémulo y azorado, corriendo como un loco, fué á pegar de la ventana en los cristales, aquella cartulina, causa y origen de sus futuros males.

Según me han dicho, del suelo á la ventana, se cuentan cinco gradas muy subidas, las que Lucho á la vuelta, rodó en su aturdimiento, dando al final con la cabeza en el duro pavimento.

Cuando Irene hubo leído, lo que en la cartulina Cantones le decía, por burla tomando, lo que el enamorado le expresaba, se enfureció de tal manera, que á serle permitido, en venganza á Cantones le mordiera.

Cantones los cabellos se mesaba, y de su intenso dolor por la amargura á su hado cruel apostrofaba, sin reparar siquiera, en que del pantalón por la trapera, salíase indiscreta la camisa afuera.

Mas antes de ocho días, consuelo á su dolor halló Cantones. A Irene vió de cerca y aquella Irene que de lejos tan hermosa á Cantones pareciera, resultó ¡oh desventura! una fisonomía con capa de pintura.

Lector, sigue pues de Cantones los consejos y nunca te enamores, de una mujer así..... vista de lejos.



¡VAYA UN SÁBADO!

POR la señal de la santa cruz. . . — Hoy día de cobros. Hay que dar una batida á los morosos. Hagamos la lista de deudores. La encabezará don Mateo Escusas, porque figura con el número uno en la planilla de malos pagadores.

Van ya tres semanas que no puedo arrancarle ni un peso. Sí, pues bueno es el hombre; primero se dejará arrancar una muela. ¡Qué poca vergüenza tiene ese señor; aunque á mí me parece que tiene menos dinero que vergüenza. Pero lo que es hoy no le vale ni la bula de la Santa Cruzada; me paga, vaya si me paga -- ¿Está ya el caballo? — Ajajá; en marcha.

.....

— Venía á hablar con don Mateo — Con qué en la casa de familia ¿eh?; siempre que vengo á visitarle, el señor Escusas ó está en la finca ó en la casa de familia ó ha ido al depósito. . . (á presidio es donde irá ese tío el día menos pensado).

— ¿Y ustedes no podrían pagarme ésta cuenta?

Ah! . . . ¿tiene que revisarla él *personalmente*? — Está muy bien. Iré á la casa de familia -- ¿Calle de . . . n° . . .? — ¡Pobre *mancarrón*; si no estás bien comido, te acompaño en el sentimiento!

.....

Sí, señor, la crisis porque atravesamos es terrible, pero vea don Mateo, la casa ha agotado todas las consideraciones del presupuesto y por causa de usted ha tenido que echar mano á las del fondo de reserva. Su compra fué al contado y ya vamos

á entrar en el cuarto septenario — Perfectamente; me hago cargo de su situación, pero es el caso que nuestro procurador se vá á hacer hoy mismo cargo de la cuenta de usted, sino me paga.

— No, señor, no es posible — Ni un día más.

— ¡Oh! eso no será un inconveniente, porque ahora mismo vuelvo á su escritorio, su contador revisa el *memorandum*, pone el conforme y...

— No, no se moleste usted, si vuelvo en seguida.
.....
.....

— Dice don Mateo que revise usted ésta cuenta y ponga el conforme — ¡Es original! ¿Qué se ha extraviado el *memorandum*? — Sí, sí, busque usted todo el tiempo que quiera — ... (¡Qué casa ésta! Pero no puede ser otra cosa; siendo el patrón un tramposo, la contabilidad tiene que ser forzosamente un enredo por partida doble) — ¿Se encontró ya? — Vamos, me alegro.
.....
.....

¡Diablo, como suda el mancarrón! De ésta he-
cha se vuelve caballo *de raza*.

— Sí, señor, todo está arreglado — ¿Ahora salimos con esas? — Con que un vale ¿eh? — Y ¿de quién es la firma? — Corriente, acepto — ¿Dice usted que me lo pagarán hoy mismo? — Vá ya, con el *recibí* — Perfectamente — Servidor de usted — No hay de qué.
.....
.....

Sí, señor, ¡claro que vengo á cobrarlo!

— Amigo mío, si le acepté al señor Escusás fué con la expresa condición de que el vale sería pagadero á la vista, y como lo está usted viendo... — Bueno; si es indispensable veré á ese señor —

¿Cuarta cuadra al sud? (Eche usted cuabras) —
Páselo usted bien.

.....
.....
— ¿Si terminará con esta visita el *via crucis*?

— ¡Pues, eso solo me faltaba!

— Se le ha caído la herradura de la mano izquierda — ¡Vaya una ocurrencial... descalzarse en mitad de la calle — Nada, que no puede dar un paso — ¡Maldito mancarrón!

— ¡Cochero...! Sí, hombre, calle..... n°...

— Eso es; cerca de *La loma del diablo*.

.....
.....
— Vengo con un vale á favor del señor Escusas y pagadero á la vista por la casa de los señores *Pretextos, Mentiras y Cia* — Y tanto que deseo cobrarlo; como que en esa diligencia ando desde las ocho de la mañana — Lo recibiré, sí señor, siempre que el cheque sea á cargo de un banco de la plaza.

— Muchas gracias.

.....
.....
— Las diez y media; el Banco se cierra á las once; dificulto que pueda llegar á tiempo.

.....
.....
— Al Banco de... — Según sea la velocidad, así será la propina.

— ¿Qué ruido es ese? — ¡Animal! — Con que ¿se ha roto la rueda? ¡Vaya una gracia! — ¡Qué me importa á mí de la taza, del eje, del sebo, ni de tu patrón...!

— ¡Eh!... ven acá. ¿Qué garantía ofrece tu coche? — ¿Va bien ensebado? — Sí, tu ropa y la tapice-

ría, demuestran que efectivamente, tu patrón no
mezquina el sebo - Al Banco de... pero volando.

Faltan diez minutos; todavía llegué á tiempo.
El cheque es valor pagadero al portador. Pues, á
la caja.

— ¿Dice usted que hay que visarlo!

— La ventanilla de la izquierda ¿eh?...

— Gracias.

— ¿Podrían ustedes hacerme el servicio de vi-
sar éste cheque? — ¿Falta la estampilla? — ¿En
tesorería dice usted que las venden?

— Una estampilla de cinco centavos — No se-
ñor; no tengo sencillo; ¡viera usted! todo lo que
llevo es complicado.

— Aquí está el cheque con estampilla.

— ¡Ah!... ¿Ahora falta la firma? Hombre,
pues sabe usted que la cosa había estado bastante
incompleta... — ¡Todo sea por Dios!

— Vuelta á molestarle; dispéñeme usted (vea-
mos si la fineza vale para algo en éstos casos) —
Y ¿por qué no sirve el cheque?

— ¿Qué está enmendada la fecha? Pues yo leo
muy claro... Febrero 17 de....

— Con que... ¿el siete tiene el rabo partido?

— ¡Usted sí que me ha partido; pero no por el
rabo precisamente, sino... *por el eje.*

UN MATRIMONIO MODELO

Todos los amigos que frecuentaban la casa de don Lesmes Picaflor, sabían que éste y su señora, no se llevaban muy bien, por motivos de diferencias de carácter y aun de temperamento.

El de doña Tula era sanguíneo á más no poder; y el de don Lesmes, nervioso, bilioso y rabioso, como decía su cónyuge.

Pero, si bien todos conocían las causas de esas desavenencias conyugales, sólo un contado número de amigos, conocíamos los efectos, mucho más terribles que los de la melinita y la dinamita.

Aquello no era *una casa de familia*, era una sucursal del purgatorio, *con vistas* al infierno.

Si oía usted á doña Tula, resultaba, que el causante de todos los disturbios domésticos, era don Lesmes.

< No sabe usted lo que es ese hombre; ahí donde lo ve, que parece tan manso, es capaz en uno de esos arrebatos que le dan, de morder al primer niño que encuentra: pobres hijos míos! si no fuera por mis precauciones, estarían destrozados. >

Oyendo á don Lesmes, venía usted en conocimiento, de que la causa de las desavenencias entre marido y mujer, era el carácter de doña Tula.

—Créame amigo, esa mujer es un monstruo infernal. Afortunadamente, tiene el vicio de morderse las uñas, y no le crecen, que si le crecieran... haría mucho tiempo que me habría sacado los ojos.

Los que no la conocen, dicen que es la misma bondad. . . . si eso fuera cierto, ¡cómo serían de *buenas* las restantes bondades! Sólo los que por desgracia tenemos que sufrirla, sabemos lo que es.

Si se hubieran de cumplir las ordenanzas municipales, mi señora no podría salir á la calle sin el correspondiente bozal.»

Acompañado de mi amigo Carlos Comezones, fuí un domingo por la tarde, á visitar á don Lesmes.

Encontramos al matrimonio, en uno de sus raros intervalos de lucidez.

Á doña Tula, parecía no preocuparle otra cosa que el cariño de don Lesmes. Cuánta solicitud, cuánta ternura, cuánto mimo. . . . si parecían dos recién casados.

— Qué milagro! me dijo al oído Comezones. Hoy están muy pacíficos.

— Aguarda, que poco tardarán en tirarse los trastos por la cabeza.

Después de tocar infinidad de puntos, en otras circunstancias témas muy resbaladizos, dado el carácter de ambos esposos, hablamos de los beneficios de la pasada cosecha.

— Y díganos usted don Lesmes, ¿qué tal han sido este año los rendimientos de la caña?

— Casi ninguno; apenas si hemos cubierto los gastos.

— ¡Bah! No hagan ustedes caso; éste es muy exagerador y muy difícil de contentar. Nada le parece bien, todo lo encuentra defectuoso. ¡Como tiene el *morro* tan fino!

— Tula! . . . hazme el favor de retirar esa palabra.

— No he dicho ninguna mentira.

— Me has ultrajado, porque eso del morro . . .

— Dispensa, quise decir *hocico*.

— Las dos palabras son á cual más mortificantes y te advierto que no estoy dispuesto á consentir

— Pero cálmese usted mi querido don Lesmes, si eso ha sido una broma de su señora esposa.

— No, señor Comezones, usted no la conoce á *ésta*; es mucho más dañina de lo que usted se figura.

— ¡ Insolente ! ¡ Llamarme á mí dañina ! á mí . . . una matrona de mi respetabilidad y circunstancias

— (Che ; abre el paraguas, que el chubasco arrecia).

Doña Tula agarrando una silla se disponía para el ataque.

Don Lesmes me quitó el bastón de las manos. La cosa se ponía seria. Comezones quiso impedir que los esposos vinieran á las manos, y en premio de tan buena acción, recibió un golpe en la parte baja de la columna vertebral.

Doña Tula estaba exaltadísima ; intenté apaciguarla y me tiró un bocado, que por poco me parte *por gala en dos*, el pabellón del oído izquierdo.

Pedimos á voz en grito la *intervención* de los demás individuos de la familia.

Al lugar del suceso acudieron primero la chinita, enristrando la bombilla del mate ; luego el hermano de don Lesmes y más tarde la mamá de doña Tula.

Todos queríamos hablar á un mismo tiempo.

— Pero cálmense ustedes

— Me la pagarás

— No te arrebatas hija mía. . . .

— Cállate sierpe. . . .

— Viejo hediondo. . . .

— ¡Qué frases tan delicadas! . . . ¡bruja!

— ¡Señores!

Doña Tula cayó desmayada en brazos de su mamá, la que endosó tan dulce carga á mi compañero.

— Trátela usted con cuidado, mientras la desabrocho. . . .

— Descanse usted señora que así lo haré.

El hermano de don Lesmes abanicaba á *la privada*, con el faldón de la levita.

La chinita, le daba á oler una caja de betún, que tomó por un frasco de éter.

Todos nos ocupábamos en asistir á la paciente, la que poco á poco fué recobrando el sentido.

— ¿En dónde estoy?

— En mis brazos, señora, contestó Comezones.

De los ojos de doña Tula empezaron á caer lágrimas como nueces.

La escena era conmovedora.

Don Lesmes, en un arranque de esposo amante, fué á postrarse de hinojos á los pies de su señora.

— ¡Perdóname Tula!

— Lesmes, eres muy cruel conmigo.

— Yo te prometo que en lo sucesivo, me portaré de otra manera, paloma mía.

Sobre tablas se firmó la paz del matrimonio.

— ¿Usted cree, me decía el hermano de doña Tula, que la paz durará mucho tiempo?

Antes de cenar ya han armado otro bochinche.



A TODA MÁQUINA

HÁGAME *usted el favor de oirme dos palabras...*
sólo dos palabras...

Pero... ¡qué si quieres! por más que le canté enterita la mazurka de los paraguas, no me hizo caso y cruzando de vereda (*lo cual que en el cruce, casi ocurre un descarrilamiento*) se disponía mi perseguida á forzar la máquina, desatendiendo mi solicitud, que por cierto iba bien recomendada.

Precisamente aquella mañana me sucedía que apenas si tenía en que invertir el tiempo, digo mal, recuerdo que tenía que escribir una carta de pésame á mi querida tía por la muerte de su canario favorito, (que maldito lo que *me pesaba*). Pero, entre el canario y la conquista, la elección no era dudosa.

¡Diablo de muchacha, y que manera de correr! llegué á sospechar si vendría de casta de gamos, y ésta sospecha aunque se la hubiera manifestado, no era motivo para que ella se ofendiera, cuando ha habido quien no solamente ha sospechado, sino que ha sostenido, que *venimos de casta de micos*.

Vaya una velocidad y vaya un apuro.

Había estrenado botines y los callos *impares* me hacían ver las estrellas, á pesar de ser las 11 a. m., y de caer un sol capaz de *fundir* al Banco más solidario.

Sin embargo, en mí podía más el amor propio que los callos.

Aquello era una carrera en toda regla.

Mi perseguida me llevaba de ventaja, como unos tres cuerpos de senador. Hice un esfuerzo supremo y logré alcanzarla.

Cuando me disponía para el ataque, se interpuso una señora, en triple estado de gracia. Era inevitable el choque y... chocamos.

— ¡Ay!... señora, dispéñeme usted... como me he dejado olvidado en casa el freno automático...

— ¡Es usted un animal!

— ¡Muchas gracias!... y de su misma especie.

La verdad es que el choque había sido para salir de cuidados.

— A éste paso pronto llegaremos á Chicago, ¿verdad prenda?

Pero la prenda no soltaba una, ni á tres tirones.

— ¿A dónde vas tan de prisa? me gritó un amigo.

— ¡Al cuerno!

— Feliz viaje.

Yo creí que la sílfide veloz, tomaría lo del cuerno como una alusión personal, pero felizmente no se dió por aludida.

Yo había agotado todo el repertorio de frases candentes y más ó menos cursis, pero ella no se daba por aludida.

Su velocidad iba en aumento. Aquello era hacer el amor al trote. Una carrera de obstáculos en la cual yo había perdido los estribos; y así, sin punto de apoyo, corría peligro de apearme por la cola, lo cual equivalía á romperme el bautismo ó una rótula por lo menos.

Confieso que llegó un momento en que le faltó muy poco para que me diera por vencido.

Los callos me mataban, pero el amor propio me decía . . . ¡adelante!

Volví á la carga, ésta vez con más ardor; el golpe debía ser definitivo.

Pero ella, nada; parecía empeñada en no escucharme.

La sílfide acertó el paso. Esto es que se rinde, pensé.

Llegamos á la puerta de una casa, cuya fachada presentaba todos los síntomas de *un caso* de escarlatina, tal era la cantidad de almazarrón con que la habían embadurnado.

La sílfide viró en redondo y se coló en la casa.

Ví salir á un *gringo* (verdulero por más señas) y le pregunté si conocía á la joven.

—Sí señor, me dijo, esa niña es una sorda . . . muda.

—¿Una sorda, muda? y . . . yo no lo he conocido . . . ¡Vamos, no sin razón la señora del *choque* me llamó animal!



MONÓLOGO

Leonor ha dicho que me ama y yo así lo creo. Por lo tanto, puedo considerarme el hombre más feliz del planeta que habitamos.

Ya era hora de que viera realizados mis deseos.

¡Leonor, Leonor, que ratos de amargura me has hecho pasar! pero en fin, todos mis sufrimientos y dolores, incluso los que me proporcionó aquel tremendo puntapié que tu papá me propinara, los doy por muy bien empleados, en vista del éxito que corona mi obra.

Leonor es mía de hecho; de derecho lo será muy pronto. Sus padres están conformes, los míos también y puesto que ningún obstáculo lo impide, nos casaremos ¡vaya si nos casaremos!

Lo veo, lo digo, lo repito y sin embargo me cuesta trabajo el creer que me sea permitida tanta dicha, á mí, que siempre fuí el hombre de las desgracias. Porque ¡cuidado que hasta la fecha he tenido mala sombra!

De chiquitín, según cuentan en casa, tuve sarampión, viruela, garrotillo y todas las enfermedades propias de la infancia.

De mocito, cuando frecuentaba la escuela, siempre me tocaba la mayor cuota en el reparto de azotes. Mis compañeros me llamaban *Mala suerte*, no sin razón, porque la mía era de las más negras; si durante las horas de recreo, tenía la desgracia de caerme (que la tenía con mucha frecuencia) ya era sabida la consecuencia . . . rotura ó dislocación; si alguno de mis colegas lanzaba al aire una pie-

dra ó una pelota, también era sabido, que así como por ley de gravedad los cuerpos descendían, por ley de fatalidad habían de venir á caer sobre mi cabeza.

Conforme fuí creciendo, aumentaba mi mala sombra. ¡Claro! como que era á medida que crecía, mayor la que proyectaba.

La primera vez que me afeité la barba me salió una erupción. Luego me enamoré de Leonor y yo solo sé los malos ratos que éstos amores me cuestan.

Mas ¿qué importa lo pasado, si en el presente ha cambiado mi suerte y éste cambio me asegura un porvenir repleto de dichas y venturas?

¡Ramón, Ramón, eres el más afortunado de todos los mortales, presentes pretéritos y futuros!

Me voy á casar, y la cosa promete más de lo que parece.

¡Qué diablos, dejemos que la imaginación se expande! Así pues y para dar gusto á la *loca de la casa*, voy á suponer que ya me he casado.

Estamos en plena luna de miel. ¡Qué luna tan poética y qué miel tan dulce!

Esto es la antesala del Paraíso ó cosa así.

¡Cuánto me quiere Leonor! En tres días me ha llamado *pichón* 1387 veces y rico, 3432.

Llevo cuenta de todas éstas manifestaciones, para formar una estadística de frases cariñosas y conceptos sublimes, especie de calendario, que á la vez que me recuerde ésta fecha que tan trascendental es en la vida del hombre, me indique también las diferentes fases de esa luna que si se llama de miel será indudablemente por la abundante segregación de ese dulce.

Para colmo de mi dicha, la mamá de Leonor dice que no vivirá con nosotros y que no se dejará ver por nuestro nido hasta que sea llegado el día de bautizar al primogénito. Porque será niño ¡no faltaba más! Su abuelita será la madrina. Leonor quiere que se llame Ramón (sin duda *para matar dos pájaros de una pedrada* cuando haga cariños al papá ó á la criatura) pero mi suegra se empeña en que se llame Ernesto, porque tal era el nombre de su primer amor, un teniente de caballería, muy buen mozo, según ella asegura y que se murió de viruela negra, tres días antes del que habían designado para la boda.

Seamos complacientes; así pues se llamará Ernesto. Después de todo es un nombre bonito, aunque á mí me hubiera gustado más que se llamara como yo, por ser éste el deseo de mi mujer.

Pero todo se puede arreglar. Ramón se llamará el segundo, suponiendo que mi mamá política, no nos salga á última hora con el recuerdo de algún otro amante difunto.

El tercero y el cuarto se llamarán Roberto y Rafael respectivamente; luego después tendremos una niña á la que pondremos el nombre que por entonces esté más en moda. Y con la niña vendremos á cerrar el presupuesto de sucesión.

Ahora ocupémonos de la educación de la prole. Me propongo ser un modelo de padres de familia. Una buena educación, es la mejor fortuna que puedo legar á mis hijos.

Hay pues que trazar un plan educativo con suplemento y todo si es preciso.

Lo primero que debo procurar, es que mis hijos sean cristianos, lo serán. Que respeten la autori-

dad paterna y materna, la respetarán; ya lo creo. ¡Oh! en eso sí que quiero ser riguroso. Al que no ande derechito, ¡zas! Ya sé que su madre se opondrá, pero si los niños salen revoltosos como espero, los azotes se hacen de todo punto indispensable. Luego haré un profundo y detenido estudio de sus respectivas capacidades y conforme á los alcances y tendencias será la carrera que deban seguir. Pero siempre teniendo muy presente ésto de las tendencias, porque nada hay tan contraproducente, como obligar á un joven á que estudie una carrera por la que no siente ninguna inclinación.

Ahí está mi primo, que desde niño manifestó decidida afición al ramo de confitería.

Su padre se empeñó en que fuera político y mi primo no tuvo más remedio que afiliarse á un partido, que por entonces gozaba de gran prestigio. Pues bien, á pesar de los muchos años de carrera, mi primo no sabe hacer otra cosa que pasteles.

Pero volviendo á mis hijos, yo creo que el mayor será el más pacífico, el más juicioso de todos, aunque no el más aventajado, porque tengo observado, que en una familia numerosa, el niño mayor acostumbra á ser el más torpe.

Bueno, Ernesto podrá seguir con la industria de curtidos; después de todo el trabajo en cueros es todavía de los más desahogados y productivos.

Ramón será médico ó boticario. Á mí me parece preferible la medicina; aunque la farmacia es también muy productiva. ¿Cómo no? si están los medicamentos tan caros; por una purga para mi mamá futura, me han cobrado un peso veinte.

¡Qué escándalo! ni que la dosis fuera, como para caballería mayor.

En fin ésto de las carreras, ya lo trataré detenidamente con Leonor.

¿Eh? Me parece que han llamado.

¿Quién será? Vienen á interrumpirme precisamente cuando iba á ocuparme del porvenir de mi tercer hijo.

¡Una carta! Sí, letra de Leonor. ¿Qué me dirá?... ¡Tengo más que leerla...!

¿Qué? .. cielo santo ¿será verdad?

Repetiré la lectura por si me he equivocado.

<Apreciable Ramón: Siento mucho tener que participarte mi resolución, pero como ésta es irrevocable, algún día debía comunicártela y he pensado que cuanto antes lo haga será mejor. No puedo cumplir mi promesa, por razones que no me es dado explicarte; te suplico que me dispenses.

Casándome contigo no podía ser feliz. Apenas si mi corazón te ha pertenecido, así pues renunciar á tu mano no me es costoso. Tú puedes hacer con tu corazón lo que mejor te parezca. Te lo devuelve libre de todo compromiso, tu affma.

Leonor.

¡Adios ilusiones! ¡Pérfidas mujeres!

Bien se me está por confiado...

¡Y yo que había mandado hacer, seis camisas y seis calzoncillos de seda color de tórtola!



LOS ADULADORES

SUELE decirse, que el papel más triste que al hombre puede tocarle, en el reparto de papeles de la comedia de la vida, es el de *hazme reir*, payaso por otro nombre. Sin embargo, son muchos los que opinan que en ese reparto resulta algo más triste el papel de adulator.

Yo me cuento en el número de los que así opinan.

¡Es tan humillante eso de tener que halagar vanidades para lograr simpatías! . . .

La adulación, empleada *á diario*, sin tasa ni medida, llega á constituir un hábito ó un vicio por mejor decir, antimoral, como la generalidad de los vicios, convirtiendo á la persona á quien domina, en un tipo antisocial, de antifonero y anti . . . pático.

En el gran mundo, que viene á ser el mundo más chico, la adulación es condimento indispensable para sazonar el buen trato; y el abuso de tal condimento, pocas veces merece la desaprobación de los aristócratas gastrónomos. No obstante, hay raras excepciones, paladares de buen gusto, que notan ese saborcillo acre debido al exceso de adulación y que produce un efecto muy parecido al que sentimos cuando saboreamos un *bife* muy cargado de mostaza inglesa.

Por lo general la adulación siempre es bien recibida. ¿A quién no le gusta que le llamen inteligente, distinguido y buen mozo, por más que el *favo-*

recido tenga el pleno convencimiento de que es un adoquín, sumamente vulgar y más feo que *Picio*?

En tales casos uno se hace el siguiente razonamiento: « Es cierto, que consultando con el espejo, éste me dice, que soy un caso corroborante de la teoría de Darwin y que sin necesidad de remontarme á los primeros tiempos ó tiempos primitivos, hallo el gorila, generador, en la respetable personalidad de mi abuelito. Sin embargo, Claudia asegura que soy un buen mozo y otro tanto opina su mamá; son dos pareceres contra uno y . . . *así será* porque sabido es que más ven cuatro ojos que dos. »

Pocos progresos prometería la *profesión* de adulador, si éstos no tuvieran la facilidad de formarse, en muy poco tiempo, una buena clientela de fatuos. Y así los vemos, gentes que *salieron de la nada*, de una capacidad ó disposición, no para mucho más, con sólo el ejercicio, de esa, no ya humilde, sino humillante profesión, subir de dos en dos los rebaladizos peldaños de la escalera social y llegar á unas alturas demasiado elevadas para su pequeñez, pues una vez colocados á tal altura, apenas si se distinguen.

Podría citar centenares de casos, que unidos á los millares que mis lectores podrían citarme, sumarían una cantidad considerable de . . . *esos* que por razón del número y daño que ocasionan, podríamos llamar *langosta social*.

Salomón Redicho, uno de nuestros más afamados dandys, ex-estudiante de ciencias, que todavía son para él misteriosas; muy versado en letras . . . de carácter gótico y norte-americano; hijo de padres nada salomones, por cierto, y menos educacionistas

juzgar por lo que con el niño han hecho, logró en sus primeros años, el empleo de escribiente especialidad en encabezamientos) en no recuerdo qué oficinas, de no sé qué departamento.

Allí el joven se inició en el arte al cual debe hoy todo lo que es.

Le conoció el flaco á su jefe, (persona no de muchas carnes por cierto) y á fuerza de repetirle que era una notabilidad, como *milonguero*, consiguió hacerse simpático y querido, y en consecuencia el ascenso inmediato en la primera vacante.

Redicho fué presentado por su jefe y protector á una familia que recibía los miércoles y sábados. En éstas reuniones conoció á un general muy medido en política, á quien el joven escribiente rindió ferviente adoración.

Si la historia relata en su día, las gloriosas conquistas, los brillantes hechos de armas, que el incorregible adulator de Redicho atribuía al general, Napoleón Bonaparte por una parte y el Gran Capitán por otra, resultan dos groseras y agonizantes velas de sebo, al lado de la luminosa anorcha del general Bombom.

Este ilustre caudillo, quería á Redicho con enrañable cariño, y en punto á estimación no era menor la que le profesaba la generala. La señora de Bombom, era también decidida protectora de Salomón; con mucha frecuencia solía decir á su *entorheado* cónyuge: « qué joven tan simpático es Redicho; se hace querer por su carácter bondadoso, y es tan servicial. . . Es preciso que lo favorezcas. »

Redicho, en concepto de la generala, era todo eso porque continuamente *regalaba sus oídos* con estas ó parecidas frases :

recido tenga el pleno convencimiento de que es un adoquín, sumamente vulgar y más feo que *Picio*?

En tales casos uno se hace el siguiente razonamiento: « Es cierto, que consultando con el espejo, éste me dice, que soy un caso corroborante de la teoría de Darwin y que sin necesidad de remontarme á los primeros tiempos ó tiempos primitivos, hallo el gorila, generador, en la respetable personalidad de mi abuelito. Sin embargo, Claudia asegura que soy un buen mozo y otro tanto opina su mamá; son dos pareceres contra uno y . . . *así será* porque sabido es que más ven cuatro ojos que dos. »

Pocos progresos prometería la *profesión* de adulator, si éstos no tuvieran la facilidad de formarse, en muy poco tiempo, una buena clientela de fatuos. Y así los vemos, gentes que *salieron de la nada*, de una capacidad ó disposición, no para mucho más, con sólo el ejercicio, de esa, no ya humilde, sino humillante profesión, subir de dos en dos los rebaladizos peldaños de la escalera social y llegar á unas alturas demasiado elevadas para su pequeñez, pues una vez colocados á tal altura, apenas si se distinguen.

Podría citar centenares de casos, que unidos á los millares que mis lectores podrían citarme, sumarían una cantidad considerable de . . . *esos* que por razón del número y daño que ocasionan, podríamos llamar *langosta social*.

Salomón Radicho, uno de nuestros más afamados dandys, ex-estudiante de ciencias, que todavía son para él misteriosas; muy versado en letras . . . de carácter gótico y norte-americano; hijo de padres nada salomones, por cierto, y menos educacionistas

á juzgar por lo que con el niño han hecho, logró en sus primeros años, el empleo de escribiente (especialidad en encabezamientos) en no recuerdo qué oficinas, de no sé qué departamento.

Allí el joven se inició en el arte al cual debe hoy todo lo que es.

Le conoció el flaco á su jefe, (persona no de muchas carnes por cierto) y á fuerza de repetirle que era una notabilidad, como *milonguero*, consiguió hacerse simpático y querido, y en consecuencia el ascenso inmediato en la primera vacante.

Redicho fué presentado por su jefe y protector á una familia que recibía los miércoles y sábados. En éstas reuniones conoció á un general muy medido en política, á quien el joven escribiente rindió ferviente adoración.

Si la historia relata en su día, las gloriosas conquistas, los brillantes hechos de armas, que el incorregible adulator de Redicho atribuía al general, Napoleón Bonaparte por una parte y el Gran Capitán por otra, resultan dos groseras y agonizantes velas de sebo, al lado de la luminosa antorcha del general Bombom.

Este ilustre caudillo, quería á Redicho con entrañable cariño, y en punto á estimación no era menor la que le profesaba la generala. La señora de Bombom, era también decidida protectora de Salomón; con mucha frecuencia solía decir á su *entorchado* cónyuge: « qué joven tan simpático es Redicho; se hace querer por su carácter bondadoso, y es tan servicial. . . Es preciso que lo favorezcas. »

Redicho, en concepto de la generala, era todo eso porque continuamente *regalaba sus oídos* con estas ó parecidas frases:

¡Oh señora! es usted la admiración de nuestro gran mundo. ¡Oh, qué maneras tan distinguidas, qué trato tan exquisito! ¡Oh señora! ¡no puede usted figurarse lo bien que le sienta esa bata! ¡Qué elegancia! Es usted el figurín más codiciado por nuestras primeras modistas. La elección de ese marrón oscuro, conjuntamente con la combinación del verde botella, significa el refinamiento del buen gusto.

¡Oh señora! ¡encanta verdaderamente la amabilidad de su conversación; qué frases tan elocuentes, qué galanura de dicción, cuánto talento tiene usted!

¡Oh señora! . . .

Y así por el estilo.

Hoy cualquiera se le acerca á don Salomón. Redicho he dicho que se apellida y jamás habrán ustedes encontrado un apellido que esté más *en armonía* con la fatuidad del individuo que lo lleva.

Después de todo, no se puede negar que el mozo tiene talento. Ha hecho, debido á su condición de adulator, una brillante carrera. Hoy sería todavía auxiliar de escribiente supernumerario ¿y saben ustedes lo que es? — pues un diputado nacional en incubación.

Prestigia su candidatura, la señora del general y ¿cómo no ha de salir triunfante? Basta para ello con que se empeñe una mujer; *sobra* desde el momento que son empeños de generala.



DE MI DIARIO

1895, Julio 3.—Hoy he visto á una muchacha... ¿bonita? sí bastante bonita: su cara no me era desconocida. La he visto varias veces, pero nunca me había fijado tanto en ella como hoy.

¿Por qué será?

Julio 5.—No me cabe la menor duda, á esa muchacha le encuentro algo que no me digusta.

Julio 17.—Hoy, justo, hoy hace una semana que páso por delante de su casa.

Cinco veces la he visto, *de pasada*, y por las cinco llagas del Redentor, juraría que esa muchame gusta de cada día más.

Julio 26. Esta tarde pasé y no la ví. No sé si es efecto del calor... estoy nervioso y no de muy buen humor que digamos.

Agosto 4. —Ha sido un *importante descubrimiento*. Va á misa de 10. ¡Qué felicidad!

El sermón ha durado 58 minutos. Al orador no le ha alcanzado la cuerda, para *dar la hora*. ¿Qué es lo que ha dicho? No recuerdo, pero si puedo asegurar que en mi vida he oido un sermón tan... á gusto.

Agosto 13.—¡Qué idea! Sí, me decido; le escribiré, porque siento verdadera necesidad de decirle... que la amo.

¡Pero estamos á 13! Número aciago. Mas... veamos. ¿Será verdadero amor lo que ésta mujer me inspira?

Indudablemente, verdadero es, porque si no lo fuera... no me preocuparía lo de la fecha.

Agosto 18.—Hace cuatro días que llevo la carta en el bolsillo y todavía no me he decidido por el

medio de que he de valerme para que llegue á sus manos. ¿Tengo miedo? Creo que sí. Esto me da que pensar.

Agosto 20.—Opino que no debo escribirle. Las declaraciones por escrito, parecen así. . cosas de colegial ó de dependiente de comercio.

Mejor será *dar pasos para entrar en la casa.*

Aunque. . . ¡la cosa es seria! Pero ¡qué diablo! alguna vez se ha de dar *ese paso.*

Agosto 25.—No dejo pasar el día de hoy sin ir á visitar á don Teófilo, que es íntimo amigo de la familia. Nadie mejor que él puede presentarme.

¡Presentarme!

¡Cielo santo! debo estar enamorado *hasta la médula.*

¿La médula. . . ? ¡Qué sospecha! si tendré algún reblandecimiento en ella.

¡Bien pudiera ser! . . . no, no es aprensión, yo estoy

¡Estos vahidos. . . esta excitación nerviosa. . . este color de aceituna! . . .

Cuidado; mucho cuidado, que con la salud no se juega.

Mañana, veré al médico. Necesito que me registre. Debo tener algún tubo obstruído, algún engranaje gastado ó tal vez alguna chumacera recalentada. El me lo dirá.

Agosto 25.—He visto á don Teófilo y al doctor. Este último me dijo que soy un verdadero caso patológico.

¿Loco yo? No. . . si ésto hace tiempo que me lo temía.

UNA MAMÁ COMO HAYMUCHAS

ELLA, lo quería.
El, la adoraba.

Ella es una porteña, con patente de muy buena moza.

Yo no la conozco, pero me han dicho que es alta, rubia, que tiene unos ojos *incendiarios*, y una boca *piu piccola*, en fin, lo suficiente para poner á un hombre fuera de combate.

El es un muchacho, á todas luces, simpático, y aun á todas sombras si se me apura.

De físico no anda mal: otros con menos motivos presumen de buenos mozos.

Cierto es, que el mozo, tiene un color algo así parecido al del chocolate Menier, como también es cierto, que tiene las piernas un poco torcidas, pero . . . ¿qué hombre es el que no tiene *pero*?

Como el *verdadero* nombre no hace al caso, á ella la llamaremos Adeodata y á él Cornelio.

Conste que *él* me ha autorizado para que lo *desquife* y que al bautizarlo con este nombre, no ha sido mi ánimo ofenderle.

Pues bien, Adeodata y Cornelio se amaban, me atreveré á decir que casi, con delirio, y no debiera *atreverme* por que, la frase, paréceme que es algo *cursi*.

Sus amores marchaban viento en popa.

¡Viento en popa! Vaya otra frasecilla que se me ha ido á ocurrir.

No, si no se puede negar, que el amor, es un tema, que lleva aparejadas muchas frases cursis.

—¿ Me amarás siempre Cornelio mío ?

—Por tí latirá, toda la vida mi corazón.

Y tu mi adorada Adeodata ¿ serás constante ?

—Mi amor será imperecedero.

Pero ¡ ah ! que los jóvenes enamorados, no habían contado con la *huésped*a, . . . y la huésped a era doña Ricarda.

Si no hubiera mamás, el amor sería para muchos amantes, un Paraíso sin serpiente.

Pero se dan mamás que como doña Ricarda, son capaces de acabar con toda constancia y todos los mejores propósitos de los que dicen que *van á la casa con buen fin*.

Un día, y á la hora del mate vespertino, doña Ricarda *envistió* á Cornelio, deseosa de quitárselo de delante ó de hincarle, los dientes, si el joven trataba de oponer la natural resistencia.

De nada sirvieron las protestas de Cornelio, ni las lágrimas y súplicas de su amada, próxima á consumirse, como una vela de fabricación ordinaria.

- Esto tiene que acabar, dijo doña Ricarda y . . . acabó, á poco, como el Rosario de la Aurora.

Creo que hasta la prensa se ocupó de este rompimiento, que tan funestas consecuencias pudo tener.

La niña, de resultas del golpe tan amargo como inesperado, estuvo affigidísima, y al parecer inconsolable. . . ¡ Ni que el golpe lo hubiera recibido en la espinilla !

Según decir de *doña Ricarda*, su hija tenía una afcección moral, en *combinación* con el hígado.

De la que afortunadamente sanó, oyendo tocar por espacio de siete días, la *Jota de los Ratas*.

El que no ha sanado, ni sanará es Cornelio.

¡Pobre muchacho! Me da lástima.

Muchos días lo encuentro en la redacción y en vez de llenar cuartillas, como es su deber, se pasa el tiempo chupando, ora el mango de la pluma, ora el pincel de la goma.

Sus facultades intelectuales, no *funcionan* con regularidad. A veces dice unas cosas...

Cierta tarde, lo llevé á Palermo, y aun cuando la colección zoológica, la tiene ya muy vista, ¿quién sabe? dije, tal vez viendo animalitos se distraiga.

Visitamos el departamento de animales dañinos y al pasar por frente á la jaula de la hiena, Cornelio retrocedió asustado.

— ¡Ché! ¿Que te sucede?

— Creí haber visto á doña Ricarda, royendo una taba!



DERECHOS DE TORCIDA INTERPRETACIÓN

Á mi querido ami o S. S.

AQUELLA tarde, tú dabas señales de un *profundo* aburrimiento y yo bostezaba con bastante frecuencia.

Recordarás que después de agotar infinidad de temas y por hablar de algo, nos pusimos á recorrer los diez mandamientos.

Iban pasando uno á uno y como tú estabas conforme con mis teorías y yo aprobaba cuanto tú decías, no podíamos dar con un motivo de discusión.

Tocóle el turno á aquel de los diez que dice: « *No desearás la mujer de tu prójimo* », y el tal mandamiento, no sé por qué, me olió á zafarrancho de combate.

¡La mujer de tu prójimo! Me parece que ese pronombre posesivo, nos va á dar algo que hablar, le dije.

— ¿Qué entiendes por mujer de tu prójimo?

— Pues . . . la prójima, á la que se une el hombre con el *insoluble* lazo del matrimonio. La mujer legítimamente propia, ó sobre la cual el marido tiene derecho de propiedad.

— ¡Alto ahí! Ya me temía que ibas á largar un disparate de ese calibre.

¡*El derecho de propiedad!* . . . y lo dices así, como la cosa más natural . . . ¿Tú crees de que el hombre, por *muy* marido que sea, puede ejercer el derecho de propiedad sobre la mujer?

— ¡Indudablemente!

— Pues niego, niego y requeteniego.

— ¡Cómo . . . ¿Te atreves . . . ?

— A negar ese pretendido derecho; sí señor.

— Pero ¿qué teoría es esa, *Guasín*? Tú no estás hoy bien de la cabeza. Debes reconocer que dada la institución del matrimonio, el derecho de propiedad que el marido ejerce sobre la mujer es innegable.

— Pues no lo reconozco.

Al fin habíamos dado con el tan deseado motivo de discusión; pero apenas si pudimos iniciarla, porque en aquel momento pasaba por la vereda de enfrente, una sílfide á cuya *propiedad* no me cabe duda que aspiras, y como más que seguir la discusión te importaba seguir á la sílfide, y como quiera que yo no quise acompañarte, por ser papeles, esos, que ni para mí quiero, ni para nadie deseo, nos separamos, no sin que antes te hiciera la formal promesa de demostrarte, que el derecho de propiedad sobre la mujer, ni existe, ni puede existir.

Voy á cumplirte mi promesa.

¿Decías que el marido tiene el derecho de propiedad sobre la mujer? Pues francamente confieso, que no veo clara la propiedad de ese derecho.

Tú no ignoras, mi querido P. P., que desde Justiniano hasta nuestros días, todos los *desocupados* que han escrito obras de Derecho Natural, están conformes con la siguiente definición:

« *Propiedad, es el derecho de gozar y disponer de las cosas del modo más absoluto posible* ».

— Eso es, dirás tú (como si te oyera), de gozar . . . y disponer de

— ¿De qué?

— ... De las cosas.

— ¿Qué es lo que has dicho? ¿De las cosas?...

Señoras mujeres, *propia* ó *impropias*, indígnense ustedes, porque de todas cuantas ofensas puede inferirles, su pretendido *propietario*, el sexo feo, ninguna tan grave, ni tan degradante, como la de rebajarlas hasta el extremo de decir que son ustedes *cosas*.

Protesto en nombre de las indebidamente consideradas como *propiedades*.

La mujer no es *una cosa*... es otra muy distinta.

Si la propiedad es lo que hemos dicho reconocer en el marido, el derecho de propiedad sobre la mujer, es negar en absoluto la personalidad de su cónyuge.

Siento que no seas *propietario*, querido P. P., porque me veo privado del placer, de hacerte pasar un mal rato.

Así entendida la propiedad, la mujer resulta *cosa*, no *persona*.

¡Decir que la mujer es una *cosa*!... ; qué cosas tienes querido!

Si el marido posee el derecho de propiedad sobre la mujer, ó la mujer es propiedad del marido, esta propiedad, como todas las propiedades, será enajenable ¿no es eso?

Así pues el marido puede hacer donación de su mujer, puede venderla ó cambiarla por otra *cosa*.

¡Qué más quisieran algunos maridos!

Pero ay! que por desgracia eso de la propiedad, es un mito, y el hombre casado en lugar de un

derecho, lo que tiene es un deber ó una carga, y bastante pesada por cierto, . . . como que las hay, hasta de *ciento cincuenta kilos*.

Volviendo al mandamiento, causa originaria de nuestra discusión, el catecismo, dice:

« *No desearás la mujer de tu prójimo* ».

Ahora bien, si la esposa es propiedad del esposo, resulta muy *inocente* la prohibición del deseo.

Resultaría infructuoso el ataque al derecho de esa propiedad, suponiendo, como es de suponer, que de ella posee el propietario los títulos correspondientes. Porque vamos á ver, ¿qué conseguiría yo con desear la fortuna de Anchorena? Todo lo más que podría conseguir sería que me encerraran en un manicomio.

La prohibición expresa en el mandamiento, no se refiere á la propiedad, porque mal puede referirse á una cosa que no existe. Además, dado el caso que el derecho á esa propiedad existiera realmente, puedes estar seguro que nadie había de desearlo, porque, y esto bien lo sabes tú, lo que se desea, no es el derecho á la propiedad, sino el *usufructo*.

No hay tal propiedad mi querido amigo; concedo que haya derecho al uso y hasta (cuidado señores cajistas, no se coman ustedes la *h*) concedo (y es mucho conceder) que en el uso exista de parte de tu pretendido *propietario* el derecho de *preferencia*.

Tal vez al asegurar que el marido tiene el derecho de propiedad sobre la mujer, hayas querido referirte á la propiedad tal como la considera Juan J. Rousseau.

Entiende el gran filósofo, el gran economista y el por tantos motivos grande Rousseau, que la propiedad no es otra cosa que *un derecho secundario, que deriva como la misma sociedad de una convención.*

Pero si ese derecho deriva de una convención, siendo en el caso que nos ocupa las partes que convienen el marido y la mujer, se deduce que lo que por convenio se hace, por convenio puede deshacerse, y tú sabes que es ir contra las leyes de la naturaleza el pretender sentar este principio, tan fatalista, por decirlo así.

Lo que el marido hace ¿quién lo deshace?

Lo que intente hacer la mujer, si lo intenta con empeño ¿quién lo evita?

El hacer y el deshacer exigen *previo* convenio. ¿Cómo es posible admitir que el marido convenga con la mujer en lo que ésta pueda hacer? Salvo muy tristísimas y contadas excepciones, la tal aceptación es inadmisibile. ¿Cómo es posible que la mujer convenga con el marido, en que éste deshaga lo hecho? Podrá convenir en la repetición, pero jamás en la destrucción.

De manera, que aun en el supuesto de que tú entendieras, esa propiedad en este escrito tan nombrada, como Juan J. Rousseau la define, no puedes llegar á la conclusión de que el marido tiene el derecho de propiedad sobre la mujer, por cuanto que es falsa la premisa.

¿Quedas convencido mi querido P. P. de que el tal derecho de propiedad, es como vulgarmente se dice, un *macanazo*?

¿Sí? Pues me alegro infinito y daría todo lo que de feo me sobra, por poder llevar el mismo con-

vencimiento al ánimo de los muchos que pensando como tú pensabas, creen y sostienen que el marido tiene ese derecho de propiedad, que no puedes figurarte cómo me ataca los nervios.

De existir, ese derecho sería, como queda demostrado, la negación absoluta de la personalidad, un atentado contra la libertad individual y el completo desconocimiento del principio de equidad.

Si ese derecho llegara algún día á ser sancionado, dime querido P. P. ¿qué sería de nosotros los desheredados de la fortuna, de los pobres de solemnidad, de los que por no tener propiedades no tenemos ni esa que motivó nuestra discusión, y que puede adquirir el hombre á tan poca costa y hasta gratis, si en la Vicaría son tan generosos que le dispensan los derechos de estola?

Qué ¿nos habíamos de pasar las noches, repasando el sistema planetario?

De admitir ese derecho de propiedad, nos veríamos obligados á ingresar en las filas del socialismo.

« *Guerra á la propiedad y caiga el que caiga* ». Este sería nuestro lema.

Me extendería en muchas otras consideraciones, si no fuera por las *idem* que me merecen mis lectores, de cuya atención é indulgencia no quisiera abusar.

Ya conoces mis teorías. Para terminar tengo que darte una noticia y hacerte una advertencia.

Te participo que siento decidida vocación por el matrimonio. Actualmente estoy gestionando con mucho empeño la entrada en el gremio, del cual,

lo único que no me gusta, es eso de que tenga á San Marcos por patrón

La advertencia que tengo que hacerte es muy importante. Fíjate bien. Si me caso, no te ocurra sostener la teoría que en este artículo expongo, porque te expones á que te descomponga tres vértebras y seis costillas adyacentes.



UN CANDIDITO

ERAN tiempos aquellos, de fuerte marejada política.

Consecuencia de una revolución, en la que todavía no se sabe quien venció, ó quien salió vencido, fué la nueva elección del ciudadano, que había de regir los destinos de la provincia.

Entre las innumerables solicitudes, de aspirantes á candidatos oficiales, figuró la de don Cándido Retortijos.

Acerca de esta candidatura, se dijeron por aquel entonces cosas muy originales, que serán ó no serán ciertas, pero que en parte vienen en corroboración de hechos denunciados por la *prensa brava*. Y tan brava que debiera ser, para llamarse de oposición, *in illo tempore* que con tanta facilidad se le molían á palos, las costillas, al periodista independiente.

Debo empezar por decir quien es don Cándido Retortijos, el que estuvo á punto de ser víctima espiatoria . . . pero no adelantemos los acontecimientos. . .

Don Cándido, es ante todo un hombre de bien, en toda la extensión de la palabra.

El nombre que lleva le sienta admirablemente, porque su candidez es una de las grandes que conozco y hay que advertir que conozco muy

pocas, porque hoy día, como dice un vecino mío, señor muy escéptico y muy hábil para cortar callos, la candidez es un artículo que tiene poca aceptación.

Don Cándido además de tal, es casado y digno de lástima, porque su señora según él mismo dice, á todo el que quiere oír, no es señora, es una fiera. Llámase Arminda, pero si el nombre hubiera de ser apropiado á su carácter, como lo es el de su marido, en lugar de Arminda, no hay duda que se llamaría *doña* Leona.

Sucedió que un día doña Leona, digo, doña Arminda, habló á su esposo de esta manera:

— Mira querido Claudio, tengo un proyecto, que si llega á feliz realización, tú dejarás de ser un hombre vulgar y yo voy á tener la infinita dicha, la satisfacción suma de que me llamen la . . . *señora gobernadora*.

Pero esposa mía, tú deliras.

— No, no deliro; mis planes están bien trazados y si la suerte no me es adversa, *pichoncito mío*, tú serás gobernador, antes de que la gata dé á luz y ya sabes que está en vísperas.

— Debes tener en cuenta, que yo no reuno condiciones para ocupar tan elevado puesto.

— Si hijito, ya se que eres un imbécil, pero eso no quiere decir nada.

¿Acaso entre tus antecesores, si llegas á ser lo que me propongo, habrá habido uno más aventajado que tú? Así pues, no te preocupe lo de tu insuficiencia y procura ayudarme en lo que tus pocos alcances te permitan, á trabajar la candidatura Retortijos.

— Arminda, tú quieres sacarme de mis casillas

pero te advierto que yo de ninguna manera conciento en dar mi nombre.

— ¿Por qué?

— Porque no quiero que los de la oposición me arranquen el pellejo á tiras. Van á sacarme á la vergüenza pública, exhibiendo todos mis defectos y debilidades. La prensa dirá quien soy y en menos de veinticuatro horas, todo el mundo sabrá que yo te limpio los zapatos, cada mañana, que te peino y cebo el mate, que seco los cubiertos y que coso á la máquina, mientras tú te dedicas á la guitarra. Sabrá también que tu mamá me pega, por la falta más insignificante y que cuando vienen visitas me encerráis en el cuarto de las catas. Ya me imagino, estar leyendo un furibundo artículo titulado: *Un gobernador sin pantalones* en el que se me pone como chupa de dómine, lo cual después de todo me lo tendría muy merecido, porque como Cándido estoy muy en carácter, pero como candidato, hago una figura ridícula.

— Querido esposo, no seas estúpido. Déjate de preocupaciones, no te importe el que dirán.

— Te digo que no consiento de ninguna manera.

— Bueno, avisaré á mamá y ella obrará en consecuencia.

El pobrecito don Cándido, ante tal amenaza y convencido de que si su suegra, tomaba cartas en el asunto, se exponía á quedarse sin orejas, y candidato, aceptó el sacrificio con la resignación de un mártir.

Afortunadamente, los planes de dona Arminda fracasaron.

El oficialismo no quiso reconocer las relevantes

prendas de don Cándido ó tal vez no se atrevió á presentarlo como *candidato de la casa* por temor á que un diario de oposición, especie de divieso que le había salido al gobierno, dijera en el colmo de la indignación ¡*un juarista, antes que una mujer!*



RECORTE

DE UN DEPARTATE CÓMICO - ELÉCTRICO - INÉDITO

ACTO ÚNICO

Escena I

(Personajes: Marta y Juan recíprocamente prometidos, Marta aparece á la derecha, sueltemente sentada y bordando unas zapatillas. Juan sentado también cómodamente, si los clásicos de la sillería se lo permiten. No estará de más que de vez en cuando entre y salga una chinita porongo en mano).

MARTA - ¿Dices que me quieres mucho ?

JUAN - Con delirio Marta mía,
Todo por tu amor daría.

MARTA - ¡ Con cuánto placer te escucho !

Juan, cifro en ésta pasión
De ser feliz, la esperanza.
Más dicha á sentir no alcanza,
Mi amoroso corazón.

¿ Siempre así nos amaremos ?

JUAN - Siempre, mi Marta adorada,
Y así la dicha agotada
Ni tú ni yo la veremos.

MARTA - ¿ Te pones triste ?

JUAN - ¡ No á fé !

MARTA - En tu semblante he notado . . .

JUAN - ¿ Triste hallándome á tu lado ?

MARTA - Algo te pasa . . .

JUAN - No sé.

MARTA ¡ Ingrato !

JUAN - ¿ Me reconvienes ?

- MARTA — No me amas...
- JUAN — ¡ Por Belcebú!
Que aquí la ingrata eres tú.
- MARTA — Vamos Juan... ¡qué cosas tienes!
No eres franco, según veo...
Te empeñas en ocultar...
- JUAN — Bueno Marta, ¡á qué negar!
Cierto que tengo un deseo.
- MARTA — ¿Deseos de enamorado?
Y ¿qué desea mi niño?
- JUAN — Una prueba de cariño,
Que habrá mi gozo colmado.
- MARTA — Y esa prueba ¿en qué consiste?
- JUAN — ¿No lo adivinas?
- MARTA — No tal!...
- JUAN — ¡ Criatura angelical!
- MARTA — ¿ Otra vez te pones triste?
- JUAN — Esta tristeza en progreso
Irá siempre, Marta mía,
Si lo que mi amor ansía
No logro.
- MARTA — Pero ¿qué es eso?
- JUAN — Pues de *eso*... un consonante.
¡ Digo...! ¿no me has comprendido?
- MARTA — (*Aparte*) En guardia que va de *envido*.
¿ Si te comprendo?... ¡ bastante!
Eso con mi honor no reza.
- JUAN — Y ¿qué ver tiene el honor?
Si es una prueba de amor...
- MARTA — Por la que siempre se empieza.
- JUAN — Desecha tal aprensión,
Que es un temor infundado;
Y tantos casos se han dado...
- MARTA — Sí; conozco la intención

JUAN — ¡ Ay Marta... !
MARTA — No puede ser.
JUAN — ¿ Pero me crees capaz ?
MARTA — (*Aparte*) Es como hombre tenaz
JUAN — (*Aparte*) Es débil como mujer.
¿ No te conmueve mi queja ?
Escucha... mal que te cuadre ..
MARTA — Quieto... que viene mi madre.
JUAN — (*Aparte*) ¿ Y á qué vendrá ahora esa vieja ?

Escena II

(Dichos y doña Telesfora que entra por el foro, llevando en la mano derecha un pan francés y en la izquierda un pedazo de queso, que si es de Tafi, supíese que han de agradecerlo los actores).

TELESPORA -- Adios Juanito... ¡ hóla Marta!
¿ Cómo tan triste?... ¿ qué tienes ?
MARTA -- ¡ Ay mamá... qué á punto vienes !
JUAN -- (*Ap.*) ¡ No habrá rayo que te partal

¡MALDITO PIANO!

Mi distinguida vecina:
No lo puedo remediar,
pero el furor me domina,
y antes que vaya á estallar
como una explosiva mina,
he creído muy prudente
escribirle; es lo mejor
y comienzo la presente
pidiéndole por favor
que no sea impertinente.

A la música se inclina
con afán extraordinario,
sin notar que desafina;
¡vaya un oído... canario!
que me gasta usted, vecina.
No sé explicarme, en verdad,
cómo usted no se domina
y viendo su nulidad,
no cierra el piano, vecina,
por toda una eternidad.

Me tiene usted aburrido,
yo no descanso un momento.
¡Ay!... por favor se lo pido,
dedíquese á otro instrumento
que no meta tanto ruido.

Paso diez horas mortales
oyéndola. . . ¡ *caracoles!*
¡ qué compases! . . . infernales;
se come usted los bemoles,
y se enreda en los pedales.

Hace hoy un mes cabal,
que ataca usted con dureza
y desgracia sin igual,
la ejecución de una pieza
y lo hace. . . bastante mal.
Que Moraima. . . cielo santo,
toca usted tan horrorosa,
¡ y eso que la toca tanto ! ;
si la oyera á usted Espinosa
había de ahogarle el llanto.

Hay una escala endiablada,
que *ni por un queso* sale;
llega usted á ella y. . . parada
y otra vez, dale, que dale,
¡ tan fresca ! ; cómo si nada !
Inútil es que usted siga;
sálte la escala ¡ por Dios !
y toque otra cosa, amiga,
porque esa escala á los dos
igualmente nos fatiga.

Tan monótono tecleo
mi nerviosidad excita.
¡ Qué ha de aprender ? No lo creo.
Créame usted vecinita,
déle de nuevo al solfeo.
Vecina, atienda mi queja,

déjese ya de tocar
porque el fastidio me aqueja;
yo tengo que trabajar,
pero... ; si usted no me deja !

¿ Quién con números opera
oyendo tocar el piano,
vecina, de esa manera ?
Aunque me mate... es en vano.
; Vamos que me desespera !
Por su culpa solamente,
llevo ya mil desazones.
Ayer le *mandé* á un cliente,
cincuenta equivocaciones
en una cuenta corriente.

Esto no puede seguir.
Esto tiene que acabar.
Esto ya es mucho sufrir.
Esto ya es mucho tocar.
Y en fin, ésto no es vivir.
¿ Qué tiene usted amor al arte ?
¿ Qué esa afición la domina ?
Bueno, pues el arte aparte;
; váyase por Dios vecina!
con la música á otra parte.



QUIEN BIEN TE QUIERA.....

¿CÓMO das en pintarte
bella Maria,
y eso en ti constituye
una manía,
que además de afearte,
tu cutis gasta,
pues se quema y agrieta
con tanta pasta;
y como amigo tuyo
me considero,
voy á darte un consejo
porque te quiero.
¿Pintándote tú crees
que te hermoideas?
¿que así estás más bonita?
pues no lo creas.
De rojo te embadurnas,
¡qué disparate!
esa cara no es cara,
es un tomate.
El carmín de tus labios
te compromete,
pues á la legua vemos
que es colorete.
Te pones en las cejas,
no sé qué engrudo,
y parecen dos tiras
de cuero *crudo*.

El color de tu pelo,
si no me engaño,
no es rubio como el oro,
sino castaño ;
pero, hija tu pintas
con tanta maña,
que al más ducho *en colores*
das la castaña.
Para agrandar tus ojos,
¡ qué más quisieras !
con un corcho te pintas
unas ojeras
pero como dibujas
bastante mal,
cada ojera, parece
un *cardenal*.
Sigue pues mi consejo,
amiga mía
y lávate la cara
con agua fría.
Déjate de barnices,
untos y cóla.
¡ Si eso sólo lo emplea
la gente *chóla*.



VA DE CUENTO

(DEDICADO Á MI FUTURA MAMÁ POLÍTICA)

Cuentan que el demonio un día,
viendo con gran desconsuelo
y rabia, que almas al cielo
alguna que otra subía,
cansado de maldecir,
dijo: «¡Voto á Lucifer!
ó muy poco he de poder
ó ninguna ha de subir».
Y para lograr su intento,
desde aquel día Satán
empezó á trazar el plan,
el plan del *impedimento*.
Convocó á una reunión.
(congreso deliberante)
á la gente más flamante
de la diabluna legión.
Y cuando juntos los viera,
la presidencia ocupando,
con aires y voz de mando
les habló de ésta manera:
— «Espíritus infernales;
habitantes del averno;
tizones del fuego eterno,
mis *hermanitos carnales*:
Veo con indignación
que es mi poder infecundo

pues que hay almas en el mundo
que logran su salvación.

Esto de . . . *tentar en balde*,
me irrita y me desespera;
veamos pues la manera
de hacer que nadie se salve.

De vuestra cooperación
necesito. ¡Hablad, *señores!* .
Piden varios oradores
la palabra . . . (¡Expectación!)

Luego cada uno pretende,
gritando, hablar el primero,
siendo á cual más *bochinchero*.

¡Ni el demonio los entiende!

Lucifer, el esquilón
presidencial les agita.

— ¡*Demonios!* . . . basta de grita,
dé principio la sesión.

Un diablo con piel de cabra
se levanta enfurecido
y grita:

— Yo, . . . yo he pedido,
el primero la palabra.

— La tiene *su señoría*.

— *Señores*: Nunca creyera
si Satán no lo dijera,
que arriba en el mundo había
seres ó almas á las cuales
no logremos agarrar
y que se puedan salvar
los estúpidos mortales.

¿Cómo puede suceder?

Permitidme que me asombre;
pues que . . . *pa* perder al hombre
¿no es bastante la mujer?

Presentadles la ocasión
(Otro diablo)

— No lo creas,
si las mujeres son feas
inútil la tentación.

— (Suplico á la presidencia
no permita interrupciones,
pues la voz de éstos *moscones*
puede cortar mi elocuencia).

Trataré pues de exponer
mi opinión, que para el mal
el agente principal,
señores, es la mujer.

Deberemos de estudiar
la mujer, en sus tres fases
y sin distinción de clases
podemos asegurar,
que de soltera, al demonio
ayuda, pues con sus planes
hace pecar á los Juanes
que aspiran al matrimonio.
Casándose de mil modos
trabaja en pro del infierno;
y no hay que dudarlo / *cuerno!*
eso lo sabemos todos.

Si enviuda, lo que aprendiera
siendo casada aprovecha
y del pecado en la brecha
defiende nuestra bandera.

Siendo pues de esta manera,
la mujer, tened presente
que en el mundo es nuestro agente,
casada, viuda y soltera.

Ahora bien; ¿queréis que el mal
sea humana condición

y que á nuestra tentación
no resista ni un mortal?
Pues tentad con insistencia
á la mujer solamente,
el hombre es muy *inocente*
y no pondrá resistencia.
Y aquí el *petit* Lucifer,
pone fin á su discurso,
proponiéndole al concurso
el pacto con la mujer.

Aprobada la moción
no sin algún incidente,
dice el señor *Presidente*:

— Continúa la sesión.

Después varios *oradores*
de la palabra hacen uso
y hablan en aquel concurso
diablos de todos colores.

El popular *Barrabás*,
grita agitando la cola:

— ¡No basta la mujer sola,
se necesita algo más!

Si perder á los mortales
en absoluto, queréis,
es preciso que aumentéis
los pecados capitales.

Suplico á la presidencia
que apruebe *mi parecer*;
y contesta Lucifer:

— *Eso no es de mi incumbencia.*

Propone á los congregantes,
otro espíritu infernal,
que se aumente *el personal*,
porque no hay diablos bastantes.

Y así sucesivamente,

van exponiendo sus planes,
todos los demás satanes
hermanos de la serpiente.
Mas con tanto proponer
y tras tanto discutir,
ni llegan á decidir,
ni se pueden entender.
Pues en aquella sesión,
ó de diablos turba multa,
cada demonio resulta
una distinta opinión.
— «Estáis discutiendo en vano,
(dijo un diablo furibundo
que había sido en el mundo
todo un señor escribano).
Dejaros pues de rodeos,
amigos, no lo entendéis;
todo lo que proponéis
no son más que *macaneos*.
¿Queréis del mal la semilla?
¿Al hombre queréis perder?
Pues á mi modo de ver
eso es cosa muy sencilla.
No anduvo desacertado
el primer diablo que habló
cuando nos aseguró
que la causa del pecado
es la mujer. Gran verdad;
nadie como la mujer,
en el mundo puede ser
agente de la maldad.
Pero tengo que advertir
que no todas ellas son
de la misma condición;
debemos de *distinguir*.

Señores : en general,
viudas, solteras, casadas,
todas son muy apropiadas
para propagar el mal.
Pero si os fijáis veréis,
¡ oh mis cornudos oyentes!
que son las más excelentes
las suegras, no lo dudéis.
¿Qué son las suegras? ¡ Demonios,
que Dios arrojó á la tierra
para hacer vivir en guerra
á todos los matrimonios!
Una suegra es suficiente
con sus instintos crueles,
para vencer mil luzbeles
como el que tenéis presente.
Es el mejor elemento
con que podemos contar.
¡ Amigos! hay que pactar
con las suegras, al momento.
Tal es mi proposición.
El proyecto es excelente;
ruego al señor *Presidente*
que fije en él su atención.
En la lucha con el mal,
el bien saldrá derrotado,
y allá en el mundo el pecado,
será *constitucional*.
Así los hombres, esclavos
serán, de nuestro capricho:
¡ Señores diablos . . . *he dicho!*
(Muchos aplausos y *bravos*)

.
.....

De ésta famosa sesión,
hay un acta-testimonio
que dice: *Las suegras son
desde hoy el mismo demonio . .*

La moraleja es del caso
lectores no la olvidéis,
cuando á una suegra encontréis
santiguaros. . . *por si acaso.*



POR TELÉFONO

- T**IN... tin... tin... tin... tin...
— ¡Central!
- Holay...!
— Co... mu... ni... ca... ción...
- ¿Con quién?
— Con la posesión
de Don Fulano de Tal.
- Tin... tin... tin... tin...
— ¿Con quién hablo?
- Con Don Fulano.
— ¿En persona?
- No; con su hija Ramona
¿y yo?
— Con tu amante Pablo.
- ¡Qué alegría... si es mi *niato*!
Pues al principio, querido,
no te había conocido....
- Defectos... del aparato.
— ¿Qué me cuentas?
— Que te adoro
de cada vez más, Ramona.
- Repite Pablo y perdona,
me está interrumpiendo el loro.
- Decía, que hasta la muerte,
he de amarte, pues mi amor
es tan grande...
— Hazme el favor
de hablar un poco más fuerte.

— Pues subiendo el diapason
hasta hablar á voz en grito,
¿oyes Ramona? repito,
que es tan grande mi pasion
que estoy loco...

— Gran trabajo
me cuesta Pablo el creerte.

— ¿Cómo? ¡Ingrata!

— No tan fuerte,
habla un poquito más bajo.

— Tú me ofendes...

— ¡Tóma, ... tóma!

¿te vas á enojar *hijito*?
no me hagas caso Pablito
si eso te lo digo en broma.

— *Si es broma puede pasar
pero á tal punto llevada...*

— *Ñato*, ¿no me cuentas nada?

— ¿No te acabo de contar?

— Oye Pablo...

— Atento escucho.

— Al tubo el oído junta
y contesta á mi pregunta.

¿Cierto es que me quieres mucho?

— Con delirio...

— ¡Qué fortuna!

Tu amor mi existencia alegre
que sin él fuera muy negra
no te quepa duda alguna.

— El tuyo, mi pecho inflama
y de apagarlo no trato...

— Espera en el aparato
porque me llama mi *máma*.

— (Mucho tarda ; ¿ si habrá gente ?
Veamos si es que está sola).

— Tin... tin... tin... tin... tin... tin

— ¡Hola !

— Me tenías impaciente ;
y cansado de esperar
he vuelto á llamar, Ramona ;
siempre tu mamá (perdona)
ha de venir á estorbar.

Aunque es tu madre y decir
tales cosas no debiera
doña Rita es una fiera . . .

que no se puede sufrir.
Despótica . . . por demás,
maniática, intransigente,
irritante, impertinente . . .

— (Otra voz) ¡Siga *no más* !

— No hay cosa que bien le cuadre,
debe tener sangre negra,
te digo, que para suegra
se pinta sola tu madre.

— Ya mi paciencia se irrita . . .

— ¿Quién es usted? . . . ¿ Con quién hablo?

— Hablas *con tu amante Pablo* . . .

— ¡Bandido. . ! soy . . . ¡ Doña Rita !



EN MISA

EL REZO DE UN ENAMORADO

S EÑOR *mío Jesucristo,*
(¡Qué mujer tan ideal,
otra más bella no he visto,
es su rostro angelical).
Dios y hombre verdadero,
Creador Padre (ay de mí,
qué feliz me considero,
viéndola á ella, desde aquí).
Redentor mio ; por ser
vos quien sois. (¡ Ay San Antonio ;
que me mira esa mujer !
¡ Ay ! que me tienta el demonio)
Yo os amo (y á ella también)
sobre todas las (querella
vana es querer rezar bien
viendo á una mujer tan bella)
cosas y á mi me pesa . . .
pesa . . . pésame Señor
(porque ya de mirar cesa,
¡ ay ! mírame por favor !),
de haberos ofendido
y os propongo firmemente
(si me quiere por marido,
adorarla eternamente).
nunca volver á pecar

(Esto es mucho prometer;
si no me llevo á casar....
dificilillo ha de ser).
y apartarme (¡Qué bonita!)
de todas las ocasiones
(milagrosa Santa Rita
une nuestros corazones).
de ofenderos, confesarme
y cumplir la penitencia
(¡Ay Dios, que vuelve á mirarme;
y mira con insistencia)
que me fuera impuesta (Eso es....
beata da un paso al frente
que me la tapas.... ¿no ves?;
¡quita vieja impertinente!
Parece que me ha entendido;
se hizo á un lado la beata)
si algo os debiera (¿ha tosido?
sí, pero esa tos no mata).
ofrezcoos Señor mi vida
obras y trabajos en....
(La veo algo distraída
¡vamos, ésto marcha bien!)
en satisfacción de todos
mis pecados (Ay de mí,
lo intentaré de mil modos,
pero.... ¿me dirá que sí?)
y así como os suplico,
así confío, (mas si ella
dice que no.... ¡vaya un mico
que me depara mi estrella!
¿Se ríe?) *en vuestra divina,*
misericordia infinita
(Le hace reír la vecina;
la de al lado, su amiguita)

me daréis gracia (aunque con
la suya me contentara,
pues vale más de un millón;
¿quién pone precio á esa cara?)
para enmendarme y para
(justo se ríen de mí,
debo poner una cara
muy rara; creo que sí)
perseverarme en vuestro
santo servicio (¡Ay mi vida;
se hinca y reza el padre nuestro,
el rezo de despedida!)
Hasta la hora y fin
de mi vida. (¡Adiós mi bien!
¡Bella . . . como un serafín!
¡Si ella me quisiera! . . .) *Amén.*



Una Coquela en quiebra

CUMPLIENDO con mi deber
profesional, bella Anita,
sus libros revisé ayer
y ví que lo que debita,
pagarlo no ha de poder.

Crítica es su situación;
del amor usted ha abusado
y por tal irreflexión,
se ve en un caso apurado
su *empeñado* corazón.

El *pasto* desconsuela. . . .
Por más recursos que pruebe,
Anita, no lo nivela.
¡Imposible! si usted debe,
á cada santo una vela.

A la *casa* de Cupido,
le firmó usted un documento
con un interés crecido,
y llegado el *vencimiento*
retirarlo no ha podido.

Debe usted un *saldo* importante,
al corazón de un teniente
y al idem de un *atorrante*
y no les paga usted. . . *niente*
y el pago es muy apremiante.

A préstamo, un corazón,
tomó y se impuso el deber
de *amortizar por fracción*
y no ha podido *atender*,
ni una *amortización*.

Para el pago de su cuenta,
otro *acreedor* le apura
y que le otorgue usted, intenta,
de hipoteca una escritura,
con *pacto de retro venta*.

Cansado ya de esperar
su amante Luis, cobrar quiere
y si no logra cobrar,
no es fácil que más espere
y ese... la va á *ejecutar*.

De otro crédito de amor,
No atendió los vencimientos
y ésto es desconsolador,
porque ya los *documentos*,
los tiene un *procurador*.

Creo su *quiebra* probable;
¿cómo la evita?... no sé.
De *descontar* no me hable
porque la firma de usted,
Anita, no es *descontable*.

¿Cómo lo vamos á hacer?
Algo apurado es el caso,
lo mejor á mi entender,
para evitar el fracaso,
señorita, es proponer,

Un *arreglo racional*,
á esos sus *acreedores*,
porque si es que al tribunal
acuden esos señores
la va usted á pasar muy mal.

Sus *trampas* son bien notorias;
jugó con su corazón.
en empresas *amatorias*.
Anita, soy de opinión
que pida usted *moratorias*.

Si del *crédito* á la meta
llega, déjese de amores
y en más *líos* no se meta.
¡Tiene tantos *sinsabores*,
el amor de una coqueta!



CARTA Á GREGORIA

POR más que un juramento me lo vede,
puesto que no escribir jurado tengo
y aunque mi falta castigada quede,
al silencio jurado no me avengo.
Débil mi voluntad, ante el deseo cede;
tómo la pluma y á recordarte vengo. . . .
tiempos que por pasados son mejores;
la época feliz de mis amores.

Podrá ser que mi pluma en hiel mojada
estampe en el papel, algo que hiera
tu orgullo y altivez jamás domada;
pero mira el pasado y considera
que me asiste razón más que sobrada,
porque en herir tú fuiste la primera.
Aun conservo en el pecho cicatrices
y de tus uñas rastro en mis narices.

El tiempo no borró de mi memoria,
aquel amor finjido apasionado
con que soñar me hiciste en una gloria
cual la que ansía el justo, desterrado
en lacrimoso valle. . . . ; Oh Gregoria!
aun vive en mí el recuerdo del pasado.
En ser feliz, Gregoria. . . . aun creyera
si tú no hubieras sido una embustera.

De aquel mi inmenso amor, haciendo alarde
de cínica impiedad y de traidor desvío,
te burlaste cruel. Como cobarde
que por la espalda hiere, « dueño mío
(me dijiste, dolor fingiendo, cierta tarde)
mi amor, nada puede ofrecerte más que frío ».
La mágica virtud de cierto unguento,
calmó mi rabia, que si no reviento.

Buscando al alma plácido embeleso,
de mi ilusión perdida el recuerdo evoco
y de una excitación por el exceso,
nóto que mi razón, va poco á poco,
cediendo á la locura en el progreso.
Por tu culpa perjura volvereme loco.
Imbécil ya lo soy por mis ideas toscas.
¡Es mi mayor placer, el cazar moscas!

En aras del amor, mi sacrificio,
contemplarás tal vez con gran contento
y acaso en tu conciencia mi suplicio
no llegue á motivar remordimiento,
pues anida en tu alma, el feo vicio
de carencia de humano sentimiento.
¡Oh pérdida mujer! ¡Qué alma tan negra!
Has nacido sin duda, para suegra.

Yo te perdono el mal que me has causado
todo lo que por ti llevo sufrido,
al olvido, mi bien, lo he relegado;
pues comprendo ¡ay de mí! que hubiera sido
casándome contigo un desgraciado,
de bípedo en rumiante convertido :
lo cual, que como el vulgo decir suele,
(diciendo con el vulgo) á cuerno huele.

Tú fuiste para mí en otro día,
mi vida, mi ilusión, mi dulce encanto.
Adiós mujer ingrata ; yo daría
por volver á quererte no sé cuánto.
¡Si vieras lo que sufre el alma mía !
Punto hago aquí, porque me ahoga el llanto.
Recuerdos á tu tía doña Rita
y un cariñoso beso á la perrita.



NOCTURNO

SUENAN las doce en el reloj vecino
y el libro cierro, porque el leer me aburre.
(Que estoy plagiando versos me imagino).
Los consonantes huyen; encenderé un Beduino,
á ver si así algún ripio se me ocurre.
En verdad que la hora es avanzada
y salir á la calle, un disparate.
Pero quedarse en casa... ¡vaya una humorada
O me meto en la cama que está helada
ó me salgo á tomar un chocolate.
La cama... el chocolate... Meditemos!
De un lado las delicias de la almohada
el estómago de otro;... Dos extremos.
Mas antes al bolsillo consultemos.
Cinco... y diez... quince... no son nada,
pues con quince centavos solamente
á la calle no sale un joven si es decente.
¿No queda otro recurso? Pues me acuesto.
Arreglaré la cama y... á dormir.
¡Caracoles!... me siento algo indispuesto.
No será el chocolate... ¡por supuesto!
Digo, si hice bien en no salir.
Hoy domingo; revista general.
Necesita reemplazo el pantalón.
Los botines están bastante mal.
Hay una mancha aquí, fenomenal.

Y en éste sitio... ¡horror! falta un botón.
Si yo tuviera novia ¿qué diría?
me llamaría Adan, estoy seguro.
Un traje nuevo... oh!... qué bien vendría;
al sastre le hablaré y si me fía....
si me fía, he salido del apuro.
Luego después... ¡bah!... ya veremos,
en dónde, cómo y cuándo pagaremos.
La noche está fresquita; ¡ya lo creo!
claro que en Mayo no ha de *hacer calores*;
tomaré una copita de *Poleo*
y caliente el estómago á Morfeo
visitaré así, en... paños menores.
¡La cama!... oh delicia!... considero
que no hay nada mejor; aunque otros fines
más gratos tiene...; mas como soy soltero..
Pero hombre... si seré yo majadero,
que me meto en la cama con botines.
Ruido tan infernal,... ¡malditos coches!
Apagaré la luz... ffú! buenas noches.



¡ILUSIONES!

SEÑORA doña Teresa
Miravuelo de la Fuente;
calle de la *Viscondesa*,
número 5 – Presente.

Muy señora mía y de
mi afecto más distinguido:
Por un amigo de usted
y á la vez mío, he sabido,
que he tenido la desgracia
de caer en desagrado
de usted, por tener la audacia
de habérmele declarado.
Me explico su indignación,
que es una ofensa, en verdad,
hablar de ardiente pasión
á una señora de edad.
Creo muy justa su queja
y mi falta imperdonable.
¿Enamorar á una vieja . . . ?
¡Eso es incalificable!
Mis amigos al saber
que le hace el amor *Guasín*,
lo menos van á creer
que se lo hace . . . con mal fin.
No es tan sólo *el que dirán*,
lo que causa mi disgusto.
sino, *el que me tomarán*
por un joven de mal gusto.

Me interesa el evitar
malas interpretaciones ;
así pues, voy á explicar
señora, mis intenciones.
La carta que usted ha leído,
es muy mía, no lo niego,
pero mi intención no ha sido
(y que me crea le ruego)
el que fuera sabedora
de que la amo, eso, no.
No lo dude usted señora
aquí ha habido un *quid pro quo*.
Amo sí, con frenesí
(pues que hasta el sueño me quita)
á la que yo le escribí,
á su hija Teresita.
Mas si la carta creyó
que á usted iba dirigida,
no tengo la culpa yo
sino usted por aturdida.
¿A sus años Teresita ?
¡Qué más quisiera! Y ¿no ve
que aquello de . . . *señorita*
no reza ya con usted?
Conste pues, doña Teresa,
que yo no le hago el amor ;
divulgarlo me interesa ;
hágame pues el favor,
señora, de no creer
que yo me estimo en tan poco,
pues pudiera suceder
que alguien me creyera loco.
Es pues su enojo infundado ;
sucede, y no se ofenda,
que aquí yo soy el lisiado

y usted se pone la venda.
Si es que cree que la adoro,
vive señora engañada
y es un error que deploro,
por ser *parte interesada*.
Lo que es en ésta ocasión,
ha demostrado de veras,
muy poca penetración
ó falta de *entendederas*.
¡Nada . . . que no hay tal pasión ;
que usted no le hace *tilín*,
ni tan siquiera . . . *tilón*
á este su atento

Guasín.



MALDICIÓN

PERMITA Dios que te vuelvas
tan tonto como soy yo;
y que caigas de narices
en la trampa del amor.
Que te acosen tus *ingleses*.
Que te den un pisotón
en el callo más crecido.
Que te roben el reloj
y que al bailar con tu novia
se te rompa el pantalón;
y que enseñes la camisa
y que te encienda el rubor,
y que pegado á la oreja
te toque fuerte un trompón.
Que te quedes sin cigarros,
sin plata y hasta sin voz
y que cien suegras te arañen
y que tengas sarampión
Permita Dios todo eso
pero que te cases. . . . no.



Para el álbum de Mercedes'...

SINTIÉNDOME aburrido cierto día,
de inspiración andando muy escaso,
en alas de mi loca fantasía,
llegue en espíritu á las puertas del Parnaso.
De maravilla al ver tanto portento,
deslumbrado quedé y aunque confusas
ideas de ello guardo en el momento.
vagamamente recuerdo, que las musas
acudiendo al oír mi llamamiento,
solicitas y atentas cual mujeres,
sin tachar mi visita de indiscreta
me dijeron :

—¿ Quien eres ?

Y yo les contesté :

Soy un poeta
falto de inspiración, que á éstos lugares
atrevíme á llegar, pues necesito
me otorguéis vuestros dones singulares,
para salir airoso en un escrito,
que á ser posible rimado lo quisiera,
para cantar la singular belleza.
de una niña hechicera
que en donaire, hermosura y gentileza
á competir con Venus, le venciera.
Verdad es cuanto os digo y no os asombre
cuanto decir pudiera, que infinitas
sus gracias son.

—¿ Cual es su nombre ?

—Pues se llama mi bella, Merceditas.
—¿Merceditas?...? ¿La bella tucumana;
¿la de ojos negros? y blonda cabellera,
esa rosa lozana
injertada en palmera?
—Si tal; la misma. ¿Por ventura
la conoceis vosotras?

— ¡Desdichado!

¿Pero no sabes tú, que su hermosura
la fama, por el orbe ha pregonado.
Guasín escucha; dirás de Merceditas
que te han dicho las musas,
(y conviene que cien veces repitas
por ser ésto verdades inconcusas)
que Dios hizo al crear tal criatura
un portento de gracias celestiales,
uniendo á su hermosura,
dones tan principales,
como son la bondad, la inteligencia,
el pudor y el recato,
y lo que más encanta... su inocencia,
y lo que más seduce... su buen trato.
Que en Tucumán no en vano ella figura
y se distingue y brilla,
por ser tal criatura,
linda, simpática y á la par sencilla
de lo bueno y lo bello maravilla.

.....
.....
*Mercedes; si dijeras ser comento
como mē lo contaron te lo cuento.*




DE PASADA

SEÑORITA S. N.
(dispénceme usted que omita,
aquí el nombre, señorita,
pues callarlo me conviene).
No sé si habrá usted notado,
(que bien lo ha podido ver)
que tarde . . . al oscurecer,
desde el domingo pasado,
dos jóvenes suelen dar
por su calle, una *pasada*.
¡Cómo! ; no ha notado nada?
¡Pues mire usted es de notar!
Tal distracción, no le aflija ;
que lo ha de notar colijo,
porque mañana de fijo
que pasan á la hora fija.
De ellos, uno, según creo,
pasa con buena intención,
el de *el lado del rincón*
que es de los dos el más feo.
En pasar no se propasa,
más por pasar, pasaría
pasándose *al paso* el día
¡yo no sé lo que le pasa!
Que pase así de *pasada*,
paso es, que puede pasar,
pues pasa que por pasear,
no le puede pasar nada.

Mas dicho sea de paso,
pase mucho ó pase poco
creo se pasa de loco,
y pase, si me propaso.
¡Ay! ¿Qué le pasa? ¿Se irrita
su paciencia al escuchar
tanto *pasar* y *pasar*?
Perdóneme, señorita,
que no ha sido mi intención
el molestarla. ¡No á fé!
Lo que me propuse fué
llamar á usted la atención.
Y así si al oscurecer
vuelven mañana á pasar,
dos amigos á la par
¿Cómo no los ha de ver?



PARA ELLA

 QUIÉN como Becquer decir pudiera ;
«La he visto y me ha mirado» ¡Qué alegría!
Mas ¡ay! que es tanta la desdicha mía,
que preferible fuera, no la viera,
pues así un desengaño me ahorraría.

Con febril ansiedad la hora espero.
Llega, páso, la miro y no me mira.
Es vana la ilusión con que delira,
mi pobre corazón, pues considero
que no le inspiro, lo que á mí me inspira.

Niña gentil, me matan tus enojos
Ten compasión de mi alma enamorada.
¿Por qué, mi bien, te muestras enojada?
¿Por qué cuando me ves, vuelves los ojos,
huyendo de la mía tu mirada?

Luz que irradian tus ojos, me enajena
y así cifro mi dicha sólo en verte
y viéndote enojada, de tal suerte,
contrista al corazón amarga pena,
que siento en él, el frío de la muerte.

Desecha ya ese enojo que me hiera.
Mírame por piedad, niña hechicera ;
permite que te mire y que te quiera.
El ruego escucha de quien bien te quiere,
aunque quererte tanto, no quisiera.

MOSAICO

POBRE amigo ; un desengaño
hoy á tu pecho envenena,
porque llegaste á creer,
que era á la maldad ajena.
No te aflijas, pues la hiciste
de tu deseo á manera.
Es ese ángel que adoraste,
mujer . . . como otra cualquiera.

No me mires hermosa
de esa manera,
porque el verte enojada
me desespera.
Esa mirada
me produce morena el efecto
de una estocada.

Tus gracias me enloquecen
niña divina
y es tu desdén puñal
que me asesina.
Yo ya lo veo
y me consta que tú no me quieres
porque soy feo.

¿Qué hay en tus ojos que el mirarlos me enajena
y es el no verlos, causa, de mi amarga pena?

Tu mirada seductora,
luz de estrella que titila,
el resplandor de la aurora
reflejado en tu pupila. . . .

Al contemplar tus ojos mi alma se extasía,
porque en tus ojos hay. . . . hay poesía.

Yo estoy muy malo doctor,
el mal que tengo me mata;
cúreme usted por favor.

— Por favor no, *por la plata.*

Mi amigo Segismundo, está desesperado
y próxima á apagarse la luz de su razón.

Del amor en las redes, cayó el desdichado
y en vano es el que espere, así, en ese estado,
del santo de su nombre, la ansiada protección.

Que Irene le ama. . . . de ello está seguro.

Otra es la causa de su pena negra,
pues se alza ante su dicha como un muro

(y pone á Segismundo en grave apuro)

la oposición tenaz de su futura suegra.

¡Las suegras!... ¿hasta cuándo oh dioses inmortales
causa serán, de todos nuestros males?

La ingrata me dijo

que no me quería

y tiene de fijo

la culpa su tía,

que de odio hace alarde

y me quiere mal,

porque la otra tarde

la llamé animal.

Su carácter glacial me desespera
y me irrita que sea tan pacata
y me indigna y me carga sobre manera
que además de todo eso sea *ñata*.

Date prisa
más que sudas
no te mudes
la camisa.
Corre, vuela,
que tu abuela
se ha enfermado
y ha agarrado
la viruela.

Mi novia tiene una tía
que es cuñada de un tal Roca,
y saber desearía,
cuando sea esposa mía,
ese Roca ¿qué me toca?

*En ésta santa mansión
donde el dolor ya no abrumba
y dentro de éste panteón
yace uno de hermosa pluma.
Luego otra mano, indiscreta
escribió: Paz y descanso,
al que en vida fué poeta
y en muerte le llaman ganso.*


Pendiente de tu mirada,
tengo hermosa la existencia,
no seas tan despiadada,

ten de este pobre clemencia.
Voy niña bonita
de tu amor en pos.
¡Una limosnita
por amor de Dios!

—
No pienses en ir al cielo
derechita, cuando mueras,
porque San Pedro no deja
entrar á las embusteras.



¡IMPOSIBLE!

 Y! mi querido tocayo;
me veo en un trance amargo,
al intentar un ensayo
para cumplir bien tu encargo.
¿Quieres que á las manos bellas
de tu amada, les dedique
unos versos, pues son ellas,
blancas como un alfeñique;
magistralmente torneadas,
manitas alabastrinas,
que no las tienen las hadas,
tan chiquitas, tan divinas?
Pues amigo, has de saber
que de versos indigesto
estoy y no se que hacer
pues no se me ocurre... ; ni ésto!
Todos los metros probé,
pero nada conseguí,
pues ninguno bueno hallé;
y mira que los medí...
Que me veo en un aprieto,
no te quepa duda alguna;
¡hijo!... ensayé hasta un soneto,
mas con tan mala fortuna,
que los versos al contar
hube de verme en un brete;

¿catorce han de resultar?
pues yo metí diez y siete.
Y me decorazoné
con tamaño disparate.
Nada... que no escribiré
ni uno bueno, aunque me mate.
Visto está, que *no me sopla*
hoy la inspiración, Juanito;
ni con una mala copla
podré cumplir tu encarguito.
Hago esfuerzos sobre humanos
y tanto llevo *escrito*
con motivo de esas manos
que... chico estoy aburrido.
Y pues no puedo lograr
la anhelada inspiración,
lo tendremos que dejar
para mejor ocasión.
No te enojés caro amigo;
no poder... me desconsuela.
tan cierto es lo que te digo,
como que murió mi abuela.
¿Que complacerte no quiero?
¡Ah!... tu acusación me appena
y en valde me desespero
¿no ves que hoy no estoy *de vena*?
¡Vieras lo que ésto me aburre!
me tiene desesperado;
mira Juan, no se me ocurre,
ni siquiera un pareado.
Sofoca tu indignación,
soy tu amigo y no te engaño;
no viene la inspiración
y en eso nada hay de extraño.
Mal me pueden inspirar,

manos que yo nunca ví;
ó ¿acaso me han de gustar
porque te gusten á ti?
Hago punto amigo Juan
y no te cause extrañeza,
porque esas manos me dan....
¿El qué?... dolor de cabeza.



CARTAS

DE ENRIQUETA Á TOMASA

Mi muy querida Tomasa:
Hoy me decido á escribirte
sin que lo sepan en casa,
pues necesito decirte
Tomasa, lo que me pasa.

El caso es original
y para mí muy chistoso
y un tanto trascendental;
tres *niños* me hacen el *oso*
y es más oso no sé cuál.

De mi casa la *vedera*
los tres rondan á porfía
y ni el calor los *altera* ;
y es fácil que alguno, un día,
de tabardillo se muera.

Según parece, los tres
me adoran con frenesi
y aguardan con interés
á que yo les dé *un sí*,
que en *gringo* creo que es *yes*.

El número uno, creo
que es hijo de un industrial.
Lo conocí en el paseo;
es un poco insustancial,
muy alto y bastante feo.

Es el número siguiente,
por orden correlativo,
de infantería, un teniente,
y cree que el *distintivo*
no me es indiferente.

El *tres*, se me parapeta
del estómago en la boca,
pues con su pluma indiscreta
siempre mi enojo provoca
Es. . . . un *pichón de poeta*.


Dime qué opinas, y á risa
no lo tomes por favor;
tu opinión me es muy precisa.
¿De cuál acepto el amor?
¡Hija!. . . . estoy tan indecisa.

Piensa, compara y concreta
y contéstame formal.
¿Debo querer al poeta?
¿Al teniente? . . . ¿Al industrial?
Soy siempre tuya

Enriqueta.



DE TOMASA Á ENRIQUETA

UERIDA amiga : obra en mi poder, tu carta apreciada, Eres, créeme que sí, pero muy afortunada, otra más no conocí.

He leído atentamente de esa carta los extremos y pues estás impaciente sobre el caso meditemos pero. . . . detenidamente.

No te quepa duda alguna, que el tener tres pretendientes, cual bajados de la luna, es en los tiempos presentes el colmo de la fortuna.

De tus tres adoradores el *análisis* haré, sin omitir pormenores; pero no te indicaré cuál merece tus amores.

Del industrial, del poeta y del teniente en concreto te hablaré; luego Enriqueta tú eliges; yo *no me meto*. ¡El demonio que se meta!

Opino que el industrial,
no es partido despreciable,
si es que tiene lo esencial;
lo mejor, lo indispensable. . . .
me refiero al capital.

Fíjate pues en ese oso
(como tú los apellidas)
que tiene un *ingenio* hermoso.
Conviene que te decidas
si te gusta lo meloso.

No es gran partido un teniente,
aunque. . . . tampoco está mal;
pero hablando francamente,
un teniente-general
sería más conveniente.

¿Qué es muy bizarro y galán;
que promete hacer carrera
pues cifra en ello su afán?
Corriente; pero hija espera
á que lo hagan capitán.

Del poeta, no sé qué
decirte cara Enriqueta;
que te quiere bien se ve.
¿Qué su pluma es indiscreta?
E! amor siempre así fué.

Hoy te advierto, amiga mía,
que el positivismo impera
lo del arte es. . . . bobería
y la cuestión financiera. . . .
esa es la musa del día.

Para mí, son como ves
los tres buenos y así amiga,
atendiendo tu interés,
permíteme que te diga
que te quedes . . . con los tres.

¿Hallas mi consejo extraño?
Síguelo que es el mejor
y no creas que te engaño;
tú sabes muy bien que por
mucho pan nunca es mal año.

Si con uno te contentas,
elige amiga cuanto antes
y si es que obsequiarme intentas,
mándame los dos restantes
porque *ando muy mal de cuentas.*



DAR CONSEJO AL QUE LO HA DE MENESTER

— **R**ICARDO; la amistad me da derecho á exigir que me digas la verdad.

¿No soy un buen amigo? pues tu pecho descúbreme Ricardo, y da por hecho, que he de lograr curar tu enfermedad.

— ¡Oh, sí!... no cabe duda que mi mal es grave. Cupido me flechó....

— ¡Sea en mala hora!

Cierto, querido amigo, ya no cabe un mal mayor. Y ¿ella sabe que te mueres por ella?

— No lo ignora.

Sabe muy bien que la pasión me mata y viéndome sufrir al parecer se goza.

¿Cómo, siendo mujer, no ser ingrata?

— Pobre amigo y ¿acaso es también *ñata*?

— Nada de eso; la niña es buena moza.

— ¿Y dices que la quieres?

— ¡Con locura!

— ¿Y cifras tu ilusión....?

— En que me quiera.

— ¿Lo que más te seduce....?

— Es su hermosura.

— Pues tu amor más que amor *es chifladura*.

¿Enamorado tú?... ¡quién lo dijera!

— ¿Te parece mentira?

— ¡Y tan mentira!

¿Acaso no recuerdas tu pasado?

Los nombres de Rosario, Clodomira,

Inés, Antonia, Rosa, Edelmira,
Fredegunda y Ciriaca, has olvidado?

— ¡Bah! . . . esos fueron amores pasajeros
ó pasiones fugaces, que es lo mismo.

— ¿Y esos amores de hoy?

— ¡Son verdaderos!

— Con razón las mujeres nos llaman embusteros.

¡ Oh cuánta falsedad, cuánto cinismo!

— Te juro que no miento, pues la adoro
con tanto frenesí, con entusiasmo tanto,
que me ahoga la pena, si no lloro.

— Estás loco Ricardo, y lo deploro.

Se cerró tu razón á cal y canto.

— Es el amor que siento irresistible.

— Si resistir no puedes, date por vencido
y olvida á esa mujer.

— ¿Qué. . . ? ¡ Imposible!

Antes que eso la muerte es preferible.

— Veo que no te queda sano ni un sentido
¡ Ricardo! . . . una copa de *Rum* á ver si entona
tu espíritu abatido. Mas se me ocurre. . . espera.

¡ Feliz idea! Un plan que tu victoria abona.

Háblale á su mamá. . . .

— ¡ Doña Petrona!

Si eso no es mujer; si es una fiera.

Es muy capaz si hablando me propaso
de arañarme. . . .

— ¡ Deliras!

— No deliro.

Y á fe que mi intención es buena, pues me caso
si ella me quiere.

— Pues antes que ese paso
pretendas dar. . . .

— ¿Qué debo hacer?

— Pegarte un tiro.

PESADILLAS

HE soñado anoche, cosas tan extrañas!
Tirando de un coche vi á dos arañas,
muy grandes, muy grandes, y muy horrorosas
y dentro del coche cuatro mariposas.
Vi pasar un perro corriendo
á todo correr
y detrás á una vieja que iba diciendo
¡yo soy tu mujer!
Vi á un enamorado que junto á una reja,
esperaba á su novia, chupando una teja;
y la novia estaba en un saloncillo,
cortando y comiendo pelos de un cepillo.
Luego vi á un ministro haciendo muñecos
con miga de pan
y á cuatro gendarmes, *verdosos* y entecos
bailando el can-can.
Vi también un buey, con astas de goma
y á un carancho casado con una paloma;
y por si faltaba mayor disparate,
he visto á San Pedro, tomándose un mate.
Vi representar á una emperatriz
un drama criollo
y la dama ¡qué horror! en vez de nariz
tenía un repollo.
Vi á una señorita linda y elegante,
montando á la inglesa en un elefante.

Y vi con asombro que un usurero
al ocho por ciento prestaba dinero.
¡Estamos á flote! ¡La industria se salva!
¡Eureka! grité.
Desengaño amargo.... apuntaba el alba
y me desperté.



CANTARES

TE quiero, si que te quiero
yo y pensaría en casarme,
si no le tuviera miedo
á las uñas de tu madre.

Me ves llorar y te ries;
tú no tienes corazón,
ni sentimientos piadosos,
ni siquiera educación.

Pajaritos que voláis,
cantando vuestros amores;
felices vosotros que
no tenéis acreedores.

Yo creí que me quería
porque la encontré llorando.
Después supe que lloraba,
porque le dolía un callo.

Me está dando que pensar,
eso de que te entre sueño,
cuando acabas de cenar.

Casi no te conocí,
cuando pasé por tu puerta.
No te pongas tantos polvos
que pareces una muerta.

Anda, ve y dile á tu padre,
que conmigo no se meta
y si no sabe qué hacer
que tire de una carreta.

Me quieres, si no te quiero.
Si te quiero, no me quieres.
El demonio que os entienda
á vosotras las mujeres.

Contigo anoche soñé
y he pasado muy mal rato.
Besaba tu cabellera
y era la cola del gato.

No seas tan criatura,
que te ríes sólo por
enseñar la dentadura.

Deja de ofrecer amores,
te lo pido por favor;
que en la *bolsa del amor*
van en baja los valores.

En la puerta de tu casa
pusiera yo éste letrero:
Vivienda de la mentira,
domicilio del enredo.

Como un pobrecito hambriento
fui mendigando cariño.
Quédate con la limosna,
que ya no la necesito.

Tengo las piernas torcidas
y en la nariz un lunar
y las niñas no me quieren
Yo no sé por qué será.

El matarse, no conviene
porque sin ir á buscarla
la muerte sola se viene.

Tú mira si te querré
que pensando en ti no duermo.
Y es que me pongo á pensar
siempre que no tengo sueño.

Ilusiones engañosas,
pérfida imaginación;
que el mismo demonio os lleve
porque sois mi perdición.

Tu madre ya no es cristiana,
y si lo es se ha condenado,
porque tiene en el balcón
un *cardenal* enjaulado.

Amame por caridad,
ámame por compasión,
no me desprecies porque
lleve roto el pantalón.

El sentimiento me embarga,
al ver que tú eres tan dulce
y tu mamá tan amarga.



DESVARÍOS

Sé que das en decir hermosa Irene,
que en general los hombres son muy malos
y que por eso amarlos, no conviene.
La borrachera es mala, y el que á beber se aviene
no deja el vicio aunque le den de palos.

Si en el pecado del amor, impenitente,
á tus plantas postrado un hombre te venera
y á su pasión la llama *vehemente*,
no lo creas á ese hombre, porque miente;
es la frase de amor más embustera.

El virus del amor no es conocido.
Fiebre que al paludismo se asemeja,
se adquiere casi siempre por descuido,
y jamás los doctores han podido
ni podrán combatir, enfermedad tan vieja.

La mujer, al amor en lo que toca
si al hombre quiere ver puesto de hinojos
y desea inspirarle pasión loca,
nunca diga *te quiero*, con la boca,
pero debe decirlo con los ojos.

El mentir es un vicio detestable ;
la mentira degrada y envilece,
pero es en el amor indispensable :
mentir á una mujer es perdonable ;
pues amor, sin mentiras, no envejece.

Busca mujer honesta, casta y pura,
inteligente, humilde y hacendosa ;
prefiere la virtud á la hermosura
y si por fin la encuentras ¡ Qué locura !
cásate, iba á decir . . . no hagas tal cosa.

En la red del amor, caer evita,
porque de ella se escapa rara vez.
El hombre que en la red se precipita,
en vano por salir lucha y se agita,
pues queda entre sus mallas, como el pez.

Si es simbólico el demonio que lo entienda.
Ante símbolo tal yo me hago cruces
y no es raro que extrañe ó no comprenda,
cómo al amor lo pintan con la venda,
siendo éste siglo, el siglo de las luces.

Admiro del progeso los primores ;
sus leyes por demás innovadoras
el título le niega á los doctores ;
que en materia de amores,
hoy sólo las mujeres son doctoras.

ENSEÑAR AL QUE NO SABE

PORQUE mucho te estimo,
y bien te quiero,
éstos consejos, Juan, te doy
pues considero,
que á pesar de ser un tenorio
impenitente,
eres en el amor . . .
muy inocente.

Si agradar á las niñas te propones,
no te alces, aunque llueva, Juan, los pantalones.

Piensa bien cuando estés en visita lo que dices,
y aunque te piquen, no te hurgues las narices.

Si á casa de tu novia vas con buenos fines,
lleva siempre relucientes los botines.

Jamás con las mujeres seas expansivo;
ni te enojas con ellas, aunque te den motivos.

Distingue entre el amor y la pasión insana
y adora siempre al santo por la peana.

Aunque mucho la quieras, no lo digas,
y guárdate muy bien de las amigas.

No te confíes, si en el amor eres dichoso
y evita en lo posible hacer el oso.

Antes de dar una plaza por sitiada,
estudia bien el plan de retirada.

Ves á ver á tu novia si va á misa ;
póstrate ante el altar en actitud sumisa ;
y lleva bien planchada la camisa.


Si quieres tener de tu parte á las chinitas,
dales de vez en cuando, dulces y masitas.

Si á mate te convidan, sé parco y comedido
y procura al chupar, que no haga ruido.

Si ves que su mamá te obsequia y agasaja,
puedes Juan prepararte la mortaja.



UNA VISITA

—  los pies de usted señora.
— Y... ¿cómo le va mi amigo?
— Bastante bien por ahora.
Y usted.

— De salud bien sigo.
Mas, tome asiento señor.
— Gracias; usted es muy amable.
;Uff...! hace mucho calor:
;qué tiempo éste...!

— Insoportable
Y... usted dirá á qué debo
el gusto de verle aquí.
— ;Ay señora! (no me atrevo)
ese gusto es para mí.
Pues verá usted... es el caso...;
decirlo me da rubor.
(¿saldré airoso de éste paso?)
— Hable; no tema señor.
— Debo decirle señora,
que ha tiempo, que una pasión
por lo ardiente abrasadora,
invade mi corazón.
Amo á su niña Leonor
y Leonor me ama á mí;
no se enoje, por favor;
yo le venía á decir...
que éste amor que me domina...
(¿á que digo un disparate?)

— Con su permiso.... ¡Avelina!
— Señora....
— Cébanos mate.
-- Pues.... como iba diciendo
vamos, ¿usted me comprende?....
— Siga que ya, lo comprendo.
— Este pecho que me enciende....
¡Digo!.... éste amor que me abrasa,
me obliga á venir aquí,
(¡ay!.... no sé lo que me pasa)
á decirle á usted que si....
— Vamos, cálmese un poquito,
se está usted apurando en vano,
usted venía amiguito,
á pedir la blanca mano
de Leonor.

— Justamente.

Si señora, yo venía....
á eso precisamente.

Mas la verdad no sabía
expresarme por temor
á que usted se ofendiera.

-- ¡Nunca....! si es un favor
qué me honra sobremanera,
Y bien, usted habrá pensado,
porque es muy trascendental,
que para tomar estado
se precisa capital.

— ¿Cómo no? si que pensé.

— Pues tratemos sin demora
de interés. Diga usted.

— No, primero usted señora.

— Mi niña gracias á Dios,
sin exagerarle nada,
está dotada por dos

porque está muy bien dotada.
En fincas tiene un caudal,
una estancia, mil corderos
y un lindo cañaveral
en término de Monteros.
Negocia con mi hijo Lucio
en cueros

— ¡Qué! . . . ¿sin vestidos?

¡Señora eso es muy sucio!

— Quiero decir, en curtidos.

En papel tiene unos cien
mil pesos. . . .

— ¡Una mina!

— Y una linda casa en
la calle de Adolfo Alsina.

— ¡Eso es mucho. . . .

— No le engaño;

y usted amigo ¿con qué cuenta?

— ¿Yo? . . . con los días del año
que son trescientos sesenta
y cinco. . . .

A deducir, vengo
que usted no tiene fortuna.

— Sí señora; mas la tengo. . . .
en los cuernos de la luna.



Despropósito

DESPUÉS de pensarlo mucho
y muy detenidamente,
mi amigo Roque Cartucho,
que es un joven muy decente,
muy formal y muy juicioso,
creo que se va á casar,
porque sin hogar y ocioso,
dice que no puede estar.
Pobre Roque pobre Roque...
provocas mi hilaridad
¿no ves que eso, alcornoque
es una barbaridad?
¿Casarte?... ¿Casarte, tú?
eso... ¿lo dices formal?
Pero hombre ¡por Belcebú!
no seas tan animal.
De ser soltero, ¡demonio!
te cansas, según infiero,
y ¿quieres paz, matrimonio?
pues eres muy majadero.
Vives libre, independiente,
nadie te manda, ni obliga,
todo lo tienes corriente,
en llenando la barriga.
Comer, dormir y pasear,
esa es toda tu misión
y ¿tú te quieres casar?
vamos, no seas melón.
¿Tú aciertas á comprender,

tú llegas á concebir,
lo que marido, has de ser
y casado has de sufrir?
Vamos Roque, piensa bien,
no frunzas el entrecejo
y atento escucha de quien
mucho te quiere, el consejo.
Del amor en los albores
estás, según tú me dices
y piensas que esos amores
te brindan días felices.
Que es tu novia una mujer,
más que hermosa, encantadora
y que te ha echado á perder
pues la adoras y te adora.
Que si amante la suspiras,
poseyéndola, dichoso,
serás, amigo deliras,
mejor dicho, *haces el oso*.
Absurda es tu teoría,
nada en ella hay de verdad;
todo ilusión, bobería,
chifladura, ceguedad.
Ese amor que á tu razón,
domina de tal manera,
que impone por condición
de tu juicio la ceguera;
ese amor á mi entender
es traidor amigo mío,
porque no te deja ver
que te metes en un lío.
¿Casarte? . . . ¡Que desatino!
¿Matrimonio has dicho? ¡Cuerno!
Si andas por ese camino
vas derechito al infierno.

¿Que es la vida de casado
una vida entretenida?
al mes que la hayas probado
te parecerá aburrida.
Si de novios os queréis
y un idilio es vuestra vida
casados... los dos seréis
á cual más *arañicida*.
Hoy los dos os engaños,
(que agradar, es engañar)
más cuando ya no podáis
los defectos ocultar,
la que hoy te considera
buen mozo, fino y amable
casada, se desespera
y te llama, *insoportable*.
Si eres débil, padecer
y sufrir mil decepciones
te tocará, y tu mujer
se pondrá los pantalones.
Y si así es ¡oh desventura!
¡voto á cien pares de grillos!
¡vaya una airosa figura
la de un hombre en calzoncillos!
Ahora, supón, desdichado,
que además de mujer *guapa*
al casarte has cargado
con una suegra de *yapa*.
Sólo ésto es causa bastante,
para que andes escamado
y renuncies al instante
á la vida de casado.
¿Suegra? ¡horror!... ¡fatalidad!
¿Sabes lo que es una suegra?
¡Antes una enfermedad!

¡antes la viruela negra!
Supongo que si te casas
querrás tener sucesión;
pues ya verás lo que pasas
por tener tal intención.
Una prole revoltosa
que se agita sin cesar
y que si es numerosa,
ha de costarte un *platar*.
Desazones á granel
tendrás durante su infancia,
pero sobre todo en el
periodo de la lactancia.
Un niño que becerrea,
otro que riega la cama,
el chiquitín que pateo
furioso porque no máma.
Luego zapatos, vestidos,
colegio, manutención;
no uno, cinco sentidos,
te cuesta su educación.
Esclavo de tu deber,
vivirás siempre *engrillado*
ó tendrás con tu mujer
cada día un altercado.
¡Qué vida esa... es infernal
de disgustos semillero
no seas irracional
y permanece soltero.

.....
.....
Mira Roque, no hagas caso
de pláticas ni discursos,
Sepas que yo no me caso
porque no tengo *recursos*.

UN ORADOR AL AIRE LIBRE

SUBIDO en un taburete,
milagrosa panacea
pregonando á voz en cuello,
decía así un sacamuélas:
«Elixir maravilloso,
jugo de plantas aéreas,
para destruir el sarro
de las dentaduras negras.
Tómanse con un pincel,
como una media docena
de gotas, y de éste modo
por los dientes se pasea.
Luego con una badana,
ó con un trozo de suela,
danse unas cuantas pasadas,
sin apretar, con fineza;
y al punto desaparece
el sarro que los afea
y brillan los dientes como
una luna de Venecia.
El *bálsamo milagroso*,
extracto de rana seca,
que mata todo dolor
por más rabioso que sea.
Endurece las encías,
da á los dientes consistencia
tal, que no exagero, pueden

triturar hasta las piedras.
Entre mis certificados,
se registra el de una prueba
que hizo con su dentadura
una señora muy vieja.
Desauciada por doctores,
llorando, ante mi presencia
vino y me dijo: « *señor*
no puedo mascar, ni crema.
Examiné á la paciente
y noté con gran sorpresa,
que sus dientes movedizos
tenían las raíces secas;
lo cual no era de extrañar,
se explica bien la flojera,
porque como llevo dicho
la señora era muy vieja.
Le di un frasco de éste bálsamo,
extracto de rana seca
(y por el cual sólo cobro,
señores, *uno cincuenta*)
junto con ésta instrucción,
escrita en lenguas diversas,
con el fin, de que al leerse
hasta los burros la entiendan;
y siguiendo mis consejos,
hijos de larga experiencia,
en quince días curó
de su flojera la vieja.
¿ La prueba quieren saber ?
pues les contaré la prueba,
la que podremos llamar,
ensayo de resistencia.
Fué la señora á un hotel,
repasó la lista entera

y por fin pidió un cubierto ;
como tenía hambre vieja,
se lo comió en un abrir
y cerrar de ojos. La prueba,
creo, es bien convincente ;
¿ quieren mayor resistencia ?
Para comer un cubierto,
aunque de plata no sea,
es preciso tener una
dentadura de pantera.
Esta cajita, contiene
una pasta que conserva
las muelas que están cariadas,
si con ellas se rellenan.
Es pasta de mi invención,
que con varios premios cuenta
y es más dura que el acero,
porque es mucha su dureza.
No causa molestia alguna
y aunque algo blanda parezca,
una vez que se introduce,
se agarra de tal manera
y de tal modo endurece,
que si sacar se desea,
antes que salga la pasta,
señores, saldrá la muela.
Yo ruego á los que me escuchan,
que quieran hacer la prueba ;
voy á rellenarles gratis,
para que así se convenzcan.
Es una pasta especial.
¿ Saber su precio desean ?
pues devolviendo la caja,
sólo les cobro . . . cincuenta.
Todo lo que enseñé á ustedes

y que aquí expongo á la venta ;
especificos notables,
maravillas curanderas,
con ser todo el *non plus ultra*,
de la sana panacea
y el resultado de los
adelantos de la ciencia ;
resulta amados oyentes,
una cosa muy pequeña,
al lado de éstos polvitos
« *La dinamita casera* ».
Polvos llamados así,
no porque entre en la receta
dinamita, nada de eso
sino porque á ella superan
en efectos destructores ;
los cuales polvos se emplean,
para aniquilar ratones,
cucarachas, comadrejas,
pulgas y otras alimañas,
quo tanto al hombre molestan.
¡ No más ratas ! ¡ no más bichos !
se les puede hacer la guerra
y librar de sus ataques
á la humanidad entera.
Una dosis de éstos polvos,
pero una dosis pequeña,
causa en el campo enemigo
carnicería estupenda.
Con unas migas de pan
y un poquito de manteca,
ó rayaduras de queso,
se hace, señores, la mezcla.
Luego se pone el manjar
en punto de concurrencia

de esos bichos dañinos
á quienes, matar se intenta.
Llegan, ven el agasajo
y con alegría inmensa,
en opíparo banquete,
los muy tontos se recrean.
Mas ¡ay! que apenas se inicia
la digestión, cuando empiezan,
á caer patas arriba,
víctimas de su inocencia.
Y en horribles estertores,
pues furiosos patalean,
se revuelcan y por fin
¿ qué pasa? que se revientan.
Al público distinguido,
que tengo ante mi presencia;
que tan atento me escucha
y su favor me dispensa;
ofrézcole mis servicios,
como dentista, que cuenta
con muchos años de práctica
y una excelente muñeca;
desarrollo que adquiri
señores, en Norte-América,
en donde la gente tiene
acorazadas las muelas
y los raigones de acero;
por eso á veces la fuerza
no basta y para extraer
alguna que se carea,
hay que recurrir, no miento,
al sistema de poleas
y atar tres yuntas de bueyes
al extremo de la cuerda;
sólo así á un *yankoe* en Chicago

pude arrancarle una muela.
Opero con rapidez;
de un tirón . . . ¡zas! ya está fuera
y el operado no siente
la más pequeña dolencia.
Y pues señores conocen
ya mi santa panacea,
pongo fin á mi discurso
y voy á operar, no sea
que el público que me escucha
diga, aunque injusticia fuera,
que, un servidor de ustedes,
habla más que un sacamuelas.



A UNA TUCUMANA

BELLA imagen adorada;
causa de mi ardiente afán,
eres la flor más preciada,
del jardín de Tucumán.
Son tus ojos soñadores,
de lo bello, el ideal,
la causa de mis amores,
y el origen de mi mal.
Tus pupilas, de la aurora
su resplandor han tomado;
y ese azul que las colora
al cielo se lo has robado.
De oro puro son los hilos
de tus pestañas sedosas
y por creerlas pistilos
van á ellas las mariposas.
Un perito no hallaría
á tus párpados reproche.
¿Los pliegas? pues . . . es de día.
¿Los corres? pues . . . es de noche.
Admiro la curvatura
de tus cejas ; qué graciosa !
no se halla en arquitectura
una curva tan airosa.
Y es de admirar la belleza
de tu frente alabastrina
espejo de tu pureza ;

es esa frente. . . . ¡ divina!
Es tu blonda cabellera,
madejas de oro enredadas,
que si robar se pudiera
te las robaran las hadas.
Y esos caprichosos rizos
que así, formando doseles,
encierran aun más hechizos
que el verjel de los verjeles;
dan á tu cabeza airosa,
menos bella si se peina
el esplendor de una diosa
la majestad de una reina.
En cuanto á tu boca, toca,
• tengo la seguridad
que cuanto diga mi boca
será una vulgaridad.
Que tu boca es un coral,
es decir muy poca cosa;
el autor de *Germinal*
diría, que es una rosa
de pétalos encendidos,
que abierta al amanecer
convida á nuestros sentidos
con el néctar del placer.
Ay qué boca. . . . ¡ cielo santo!
qué boca tan hechicera;
esa boca es un encanto
que vuelve loco á cualquiera.
No he visto nada más bello
después de admirar tu cara,
como tu torneado cuello;
es de mármol de Carrara.
¡ Qué perfil tan ideal!
no me extraña su belleza,

es un digno pedestal
de tu divina cabeza.
Eres náyade hechicera
del paganismo gentil;
tu talle el de una palmera
trasplantada del Pensil;
Tu pie hábilmente torneado,
es de una forma tan rara,
tan fino, . . . tan limitado,
que Venus te lo envidiara.
Angelical criatura;
tanta belleza se encierra
en ti que se me figura
que eres extraña á la tierra.
Y he llegado á sospechar
que un día alzarás el vuelo
é irás hermosa á parar,
junto á las puertas del cielo.
Tal sospecha á mi alma apena
Y causa mortal tristeza
porque mi ser se enajena
admirando tu belleza
Yo ya sé cuando la muerte
pondrá á mis desdichas fin;
sin un día deja de verte
muere ese día GUASIN.



ÍNDICE

PROSA

	<u>Página</u>
Los aspirantes.....	8
Juan sin penas.....	9
Los murmuradores.....	19
Historia de un zapato.....	23
Fulano de Tal y Cual.....	29
De lejos pocas son feas.....	33
¡Vaya un sábado!.....	37
Un matrimonio modelo.....	41
A toda máquina.....	45
Monólogo.....	49
Los aduladores.....	55
De mi Diario.....	59
Una mamá como hay muchas.....	61
Derechos de torcida interpretación.....	65
Un candidito.....	73

VERSO

Recorte.....	77
¡Maldito piano!.....	81
Quien bien te quiera.....	85
Va de cuento.....	87

	<u>Página</u>
Por teléfono.....	95
En misa.....	99
Una coqueta en quiebra.....	103
Carta á Gregoria.....	107
Nocturno.....	111
Ilusiones.....	113
Maldición.....	117
Para el álbum de Mercedes.....	119
De pasada.....	121
Para ella.....	123
Mosaico.....	125
¡Imposible!.....	129
Cartas.....	133
Dar consejo al que lo ha de menester.....	139
Pesadillas.....	141
Cantares.....	143
Desvaríos.....	147
Enseñar al que no sabe.....	149
Una visita.....	151
De propósito.....	155
Un orador al aire libre.....	159
A una tucumana.....	165

10
 11
 12
 13
 14
 15
 16
 17
 18
 19
 20
 21
 22
 23
 24
 25
 26
 27
 28
 29
 30
 31
 32
 33
 34
 35
 36
 37
 38
 39
 40
 41
 42
 43
 44
 45
 46
 47
 48
 49
 50
 51
 52
 53
 54
 55
 56
 57
 58
 59
 60
 61
 62
 63
 64
 65
 66
 67
 68
 69
 70
 71
 72
 73
 74
 75
 76
 77
 78
 79
 80
 81
 82
 83
 84
 85
 86
 87
 88
 89
 90
 91
 92
 93
 94
 95
 96
 97
 98
 99
 100

